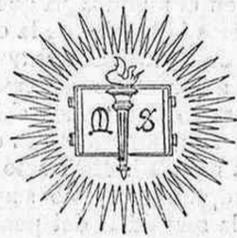


La Ilustración



Artística

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL

AÑO XXIII

← BARCELONA 21 DE MARZO DE 1904 →

NÚM. 1.160

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Mme. GEORGETTE LEBLANC MÆTERLINCK,

primera actriz del Teatro Mæterlinck, que recientemente ha dado algunas representaciones en esta capital

ADVERTENCIA

Está encuadrándose y próximamente lo repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Ensenat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El toque de Gloria*, por A. Sánchez Ramón. — *Mauricio Maeterlinck*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*, por X. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo* (continuación). — *Un cementerio en el mar*. — *Naufragios y salvamentos en las costas de Terranova*. — *El nuevo puente construido sobre el Llobregat*.

Grabados.—*Mme. Georgette Leblanc Maeterlinck*. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El toque de Gloria*. — *Mauricio Maeterlinck*. — *Batalla del cerro de Guadalupe*, cuadro de José Cusachs. — *Guerra ruso-japonesa*. — *Transporte de cañones de gran calibre por el ferrocarril manchuriano*, dibujo de Carlos Dicon. — *La escuadra rusa en la rada de Puerto Arthur*. — *Desembarco de tropas japonesas en las inmediaciones de Fusán*, dibujo de Carlos Paddy. — *Vista panorámica de la bahía de Vladivostok ó Cuerno de Oro*. — *La maldición del padre*, cuadro de Greuze. — *Gustavo Salvini*. — *Ramón Tusquets y Maignon*. — Figs. 1 á 4. *Naufragios y salvamentos en las costas de Terranova*. — *La procesión dirigiéndose al puente de San Baudilio de Llobregat (Barcelona) para la ceremonia de la bendición é inauguración*. — *Vista del puente durante dicha ceremonia*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se espera como un acontecimiento mitad mundano, mitad artístico, la presentación de la compañía de Maeterlinck en el escenario de la Comedia.

Maeterlinck es una reputación: yo hablo de él, desde mi gabinete; otros lo harán atendiendo al efecto teatral que produzcan sus obras. El teatro Maeterlinck—á la lectura—no parece de los más representables. Su misma delicadeza y vaguedad tienen poco de dramático, según las fórmulas consagradas, que requieren acción y movimiento, unidos á cierta claridad y precisión que permitan al público apoderarse del pensamiento del autor y del asunto de la obra. El simbolismo siempre será enigmático cuando no vaya tan vestido de carne como en el *Quijote*, donde acaso es involuntario. El de Maeterlinck no está en el caso de Cervantes: aparece desencarnado, abstracto, como categoría mental.

* *

Aquí en España, Maeterlinck, admirado por la nueva generación, no es conocido de la mayoría del público, ni su fama ha corrido como la de un Zola, un Sienkiewicz ó un Tolstoy. Ni aun se ha repetido su nombre como el de un D'Annunzio. Seguramente, si Maeterlinck no tiene la buena idea de servir su literatura en las tablas, con actividad y decisión; si se limita á presentarla en las páginas del libro, hubiese llegado á Madrid pasando inadvertido, como casi pasó inadvertido Brunetiére, y sin casi Mauricio Barrés. Sabríamos su llegada—si es que la sabíamos—los que le hubiésemos leído, interesados por la originalidad de su talento y por el sabor á fruto nuevo de su inmaterial y soñada concepción del mundo y de la vida; pero la multitud, ¿qué hubiese sospechado de *Monna Vanna*, de *Joyzelle*, del repertorio que tan nutrido abono lleva al teatro de la Comedia, á no ser por el recurso escénico, el atractivo de curiosidad y de fiesta que reviste la presentación de una compañía extranjera, precedida de fama y aplaudida al través de Europa?

* *

Lo más conocido de Maeterlinck en España es *La intrusa*, por haberla representado en Sitges, hace bastante tiempo, algunos entusiastas del autor; lo menos leído y seguramente casi no manejado, el tratado de filosofía que se titula *La sabiduría y el destino*. Dejando á mi amigo el sagaz y entendidísimo Villegas que desempeñe su cometido juzgando aquí lo teatral de Maeterlinck, me entretendré en recoger algo del pensamiento filosófico del autor de *La intrusa*. Este tratadito está dedicado á Georgette Leblanc, la compañera del poeta.

La filosofía de Maeterlinck es el estoicismo. El primer nombre que aparece en las páginas del libro que encierra su concepción de la vida, es el Epicteto. Es, pues, una concepción ética, una regla de pensamiento y de vida, y no una metafísica, lo que Maeterlinck nos ofrece. ¿Qué debemos hacer? ¿Cuál es nuestra misión en el mundo? ¿A qué venimos á él, y cómo afrontaremos la batalla de la existencia?

La respuesta de Maeterlinck es que debemos tener confianza en el amor como debemos tenerla en la vida, porque para confiar hemos sido hechos, y porque el más funesto pensamiento es el que impulsa á desconfiar de la realidad. Esto solo nos muestra en Maeterlinck al optimista, y no sorprende poco el contraste entre la serenidad del pensador y la ansiedad inquieta—la trágica angustia que pesa sobre la obra del dramaturgo.—En ésta el destino lleva y arrastra á los personajes como briznas de paja que arrebatan el viento; en el tratado filosófico, el hombre se coloca frente al destino, y desplegando la energía y la fuerza interior de la voluntad, lo reta y lo vence. En los dramas de Maeterlinck se diría que un soplo huracanado dobla las cabezas, que una irresistible tromba de fuego abrasa los corazones; los sucesos se desarrollan sin que los héroes puedan modificarlos, sin que el sentido que imprime la reflexión á las determinaciones humanas actúe en lo más mínimo, adelante ó retrase la catástrofe, contenga ó precipite la tragedia. Es el teatro de la inconciencia, y en él todo parece acaecer en esos estados intermedios entre el sueño y la vigilia, en que no reaccionamos contra lo exterior ni enfrenamos lo ciego del instinto.—Y por el contrario, en el tratado de filosofía estoica vemos resurgir la sabiduría antigua, por la cual el individuo era poderoso contra el universo.

* *

Algunas sentencias del tratado á que me refiero son bellas. «Hoy la miseria es una enfermedad de la humanidad, y la enfermedad una miseria del hombre.»—«De la tristeza á la alegría no va más diferencia que la aceptación del destino.»—«Es sabio pensar y proceder como si todo lo que nos sucede fuera inevitable.»—«No estamos al abrigo de los caprichos del acaso, no somos fuertes y felices sino en el recinto de nuestra conciencia.»—«Los grandes hombres tienen confianza en el destino, conocen parte de su porvenir, porque son parte de su porvenir ellos mismos.»—«Los sucesos, en sí mismos, son como el agua: no tienen olor, color ni sabor. Adquieren propiedades según el alma donde recaen.»—«Nada nos sucede que no sea de nuestra misma esencia. No se presenta ninguna ocasión heroica sino á quien ya era desde hacia tiempo un héroe obscuro y desconocido.»—«Ascended por la montaña ó descendid á la aldea; id al fin del mundo ó pasad en torno de vuestra casa; no encontraréis sino á vosotros mismos.»—«A medida que ganamos en sabiduría, nos guarecemos contra nuestro destino instintivo.»—«No hay verdadera fatalidad sino en ciertos males exteriores, como enfermedades, accidentes, muerte inopinada; pero la fatalidad interior no existe.»—«La parte más activa de lo que nos complacemos en nombrar fatalidad, es una fuerza creada por el hombre.»—«Ser un genio, es casi un deber cuando tenemos á nuestro cargo el destino de muchos semejantes nuestros.»—«Juana de Arco oye que la llaman las santas y Macbeth oye que le llaman las brujas; y es siempre la misma voz.»—«No todas las almas pueden resistir el contenido de la felicidad.»—«Un pensamiento puede ser cosa excelente; pero la realidad principia en la acción.»—«El primero de nuestros deberes es poner en claro nuestra idea del deber.»—«Nuestra felicidad depende, en suma, de nuestra libertad interior.»—«Para el sabio, ninguna verdad es amarga.»—«No hay vidas pequeñas; cuando la miramos de cerca, toda vida es grande.»

En estas pocas máximas se contiene toda la filosofía de Maeterlinck; es, como puede notarse, enteramente opuesta á la de Nietzsche. Enseña, si no la resignación, al menos la conformidad, y predica, en vez del sacrificio, la actividad y la traducción en fuerza de todas las energías interiores. Yo no sé por qué, estos libros de optimismo, obra de un hombre de elevado pensamiento, me dejan una impresión tal vez más pesimista que los del loco Zaratustra. Se descubre, en ese mismo afán de abrazar sonriendo ó al menos con frente serena la cruz de la vida, un sufrimiento inmenso, aceptado y llevado con esa dignidad de la sabiduría que es un espectáculo tan interesante.

* *

Dejemos al autor de *La intrusa* y fijémonos en la visita del Kaiser, no á nuestro suelo, sino á nuestras

costas. No pone el pie en tierra española el soberano alemán. Triste es también, con la gran tristeza de las miserias humanas, al pesar sobre las cabezas más altivas y ceñidas con más insigne diadema, este viaje del Kaiser. Le han ordenado los médicos que pasee por mar su dolencia, la terrible dolencia que le acecha, según dicen: la que sufrió su padre, estranguladora y asfixiadora, mano de acero que se agarra á la garganta y aprieta, aprieta, hasta que con cerrar paso al aire respirable arranca la vida. Es posible que el viaje por mar sea, más que remedio, distracción á la abrumadora labor que gravita sobre este hombre fuerte y grande; uno de los últimos soberanos convencidos de su papel y su obligación en el mundo. Mientras navega, espaciando su vista y ensanchando sus pulmones con el horizonte y la brisa de los mares, no le agobia tanto la infinita conciencia de su responsabilidad, la ley de sus deberes de vigilante y pastor de pueblos. Mientras navega, no recibe papeles ni noticias, y por un momento sacude el peso de su destino. Este hombre penetrado de su deber, esclavo de su función; este hombre que no pierde de vista los rincones más distantes de su imperio, hasta el punto de que me decía un cónsul alemán: «Nunca estamos libres de que el Kaiser sepa mejor que nosotros lo que hacemos y cómo nos portamos, en detalles mínimos;» este hombre que tan cumplidamente ha aceptado su destino y practicado la filosofía de Maeterlinck anteponiendo á todo la acción, descansa un momento al arrullo del mar, entre brumas y olas, logrando, como premio á su actividad, el olvidar transitoriamente su alto puesto. En el puerto de Vigo le aguardan numerosos pliegos, la vida y sus tiranías, para interrumpir la breve escapatoria al país del sueño plácido, y sentimos ilimitada compasión hacia el emperador enfermo, que ha querido evadirse de la vida y no ha podido.

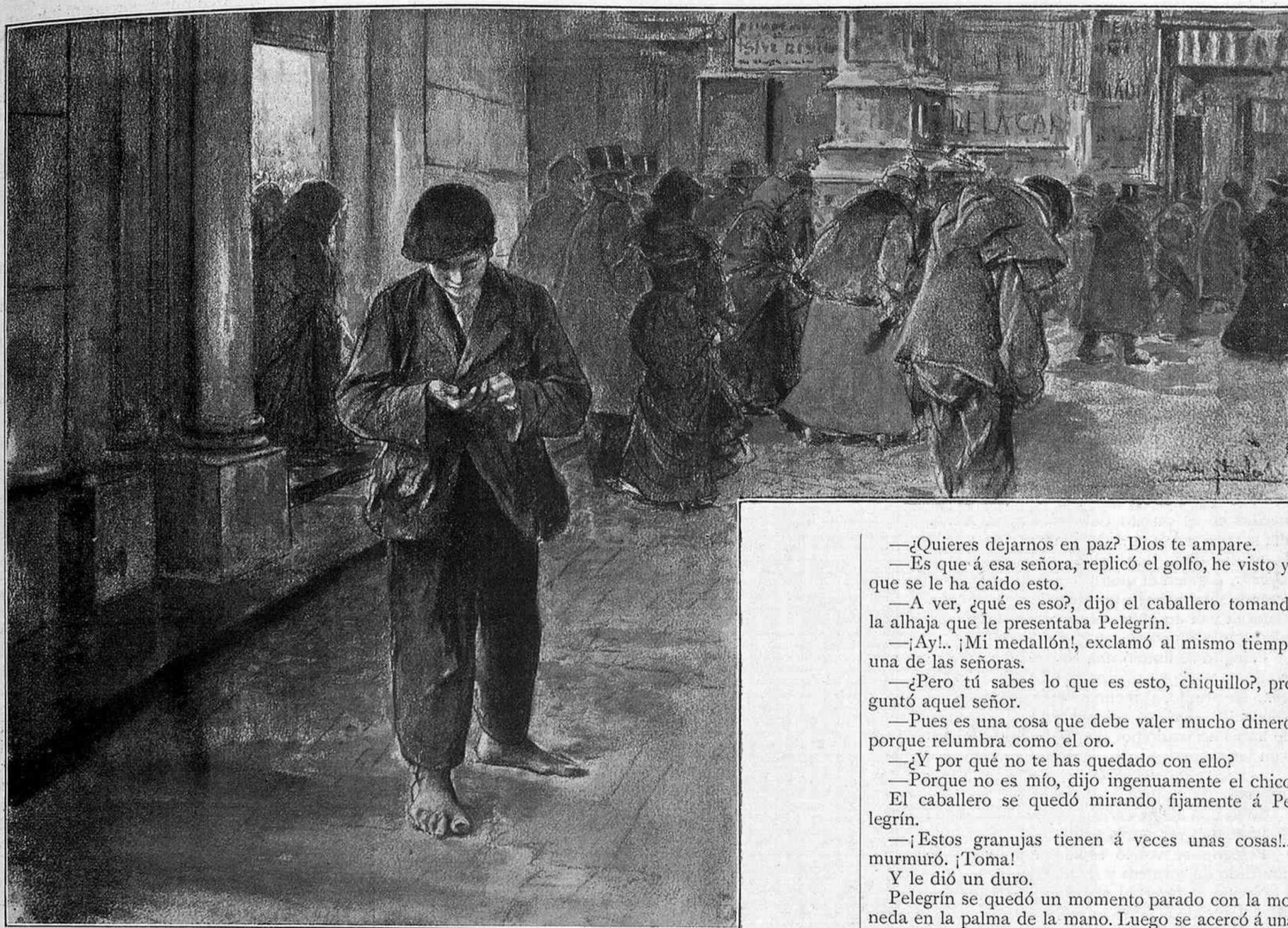
* *

En París hállase gravemente enferma, según noticias, la duquesa de Alba, doña María del Rosario Falcó. Es esta gran señora de las que en su esfera pueden ser comparadas al ilustre viajero que aguardan en Vigo. También doña Rosario Falcó tuvo conciencia de su cargo y de su especial obligación en el mundo. Enlazada por el matrimonio á una casa histórica tan alta y tan poderosa, prefirió sostenerla á quemarla en función de fuegos artificiales, de vanidades y esplendores de un día. Comprendió que no basta tampoco sostener ciertas grandezas de linaje, sino que es preciso refrescar su recuerdo antes que el tiempo las borre, y en libros lujosamente editados hizo del dominio público papeles de su archivo que eternizan lo pasado. Con mano piadosa recogió todo lo que en el arte se enlaza con la figura, ingrata á los herejes flamencos, del terrible duque de Alba, y en el palacio de Liria formó una especie de Museo, no de lo que cualquiera puede adquirir mediante dinero en casa de un anticuario, sino de esos objetos inestimables porque son de familia, que compenetran el alma de los que fueron con el alma de los que son, y quizás despiertan en la de los descendientes el ansia de escribir, también ellos, su página en los modernos fastos, donde las rigideces de los antiguos se convierten en actos de humanidad y de amor. Tal fué la obra de la noble mujer que hoy lucha en París con un horrible padecimiento, cuya sola descripción crispó los nervios y estremece las fibras. En una persona todavía joven, que podía prometerse aún los años de vida suficientes para dar remate á su constante labor de restauración de ese monumento del siglo XVI que se llama casa ducal de Berwick y Alba, esta enfermedad que nadie preveía, que nos sorprende, dada la apariencia de vigor de la duquesa, parece una de las burlas que prepara el azar á los seres á quienes por su alta situación creyéramos invulnerables. Ni siquiera ha sobrecogido la afección á la duquesa en su magnífica residencia de Madrid; es en un hotel de la gran capital donde lucha con la Intrusa, que se acerca difundiendo en torno suyo el espanto frío de lo que ninguna fuerza humana—ni la riqueza, ni el nacimiento, ni la inteligencia, ni el valor del ánimo—puede contrastar ni evitar.—No quiera Dios que estas líneas teugan carácter de recuerdo necrológico dedicado á la buena memoria de la duquesa de Alba. ¡Ojalá las deletree en las horas ociosas de su feliz convalecencia!

* *

Por diez céntimos mató un hombre á otro. Por diez céntimos—sobre quién los había de pagar,—se suscitó la riña, en un baile de poblachón, y uno cayó con el corazón atravesado y otro va á cadena perpetua. Fin de crónica...

EMILIA PARDO BAZÁN.



Se quedó un momento parado con la moneda en la palma de la mano.

El toque de Gloria, por A. Sánchez Ramón

Pelegrín andaba sin sombra, dando vueltas por las calles como un sonámbulo, alelado, entontecido, sin saber qué hacer ni á qué santo encomendarse para sacar aquellas *perrillas* que sin falta, sin falta, necesitaba para el domingo.

Las voces que le daba su estómago no le preocupaban. ¡Bah! Estaba acostumbrado á ello, y después de todo, aquella mañana había comido como un príncipe. En una casa á la que había llevado una esportilla de arena de San Isidro, le dieron un plato de cocido sobrante del día anterior. ¡Así todos los días!

Pelegrín, el golfo, el granuja desarrapado, paseaba su desnudez por las calles de Madrid, pensando en la corrida del próximo domingo de Pascua y maldiciendo su mala estrella, que no le permitía ni aun la remota esperanza de ver al *Pipi*, el torero de moda, echar un capote. ¡Suerte más perra! El *Pelos*, otro colega en golfería, asiduo concurrente á la tertulia al aire libre de los desmontes de la Moncloa y á la partida de chapas del Dos de Mayo, no faltaba á una corrida. ¿Cómo se las arreglaba para entrar en la plaza? El *Pelos* lo atribuía á su valimiento y antigua amistad con un *mono sabio*, pero esto era mentira y pura vanidad, porque Pelegrín sabía de sobra que aquel otro golfo no estaba tan bien relacionado.

Cuanto á confundirse entre la multitud que invadiera la plaza ó aprovechar un descuido de los encargados de la puerta de caballos para deslizarse en el redondel, no había que pensar en ello. Dos veces que Pelegrín lo había intentado, el éxito fué deplorable, porque las dos veces salió con la cabeza rota.

No se resignaba, sin embargo, á renunciar al espectáculo, porque le atormentaba la nostalgia de las corridas desde el día memorable en que un becerro de tres hierbas le hizo medir con las costillas el suelo de la plaza de Carabanchel. Pelegrín se devanaba los sesos en vano buscando el modo de resolver aquel problema.

Era Viernes Santo, y los establecimientos, los restaurantes, los teatros, estaban cerrados.

Los coches no circulaban. Otras noches, abriendo

y cerrando portezuelas delante de Apolo, del Español ó de la Comedia, se solía sacar algunas *perras*; pero aquella noche no había medio ni de pedir ni de ganar un cuarto.

—A las puertas de las iglesias la gente se agolpaba, entraba y salía, codeándose, empujándose en remolino, para visitar los monumentos. Pelegrín se dejó llevar por la corriente y confundido con la multitud entró también en una iglesia, y en otra y en otra. Así transcurrieron dos horas. Ya estaba deslumbrado de tantas luces; aturdido, mareado con el incesante y monótono zumbido de aquella colmena humana...

El hambre, el cansancio, el sueño, lo vencían. Pelegrín decidió retirarse á su dormitorio, el escalón de una de las puertas del ministerio de Hacienda, donde todas las noches formaba racimo con otros capitalistas de su laya.

Empujando, dando y recibiendo pisotones, manejando los codos para abrirse paso á manera de cuñas, escurriéndose como una anguila por entre las piernas de los concurrentes, Pelegrín logró salir de la iglesia de Santa María, encontrándose en la calle del Sacramento.

Delante de él, entre la muchedumbre que principiaba á desgranarse tomando distintas direcciones, destacábase un grupo numeroso compuesto de varias señoras y un caballero que las acompañaba.

Pelegrín vió de pronto, al escaso reflejo de una luz próxima, una cosa brillante que se deslizaba á lo largo de una falda negra y que caía sobre las losas, despidiendo un ruido metálico.

El golfo se arrojó sobre aquel objeto y lo levantó. Era una cosa redonda, dorada y con un círculo y una cruz de cristallitos que despedían luces. Pendía además de aquel juguete un trozo de cadena también dorada. Pelegrín se fijó en el grupo que, sin notar la pérdida del objeto, caminaba ya á bastante distancia y echó á correr para alcanzarlo.

—¡Señora!.. ¡Señora!.., gritó cuando estuvo cerca.

El caballero que acompañaba á las señoras se volvió bruscamente, y con malos modos dijo:

—¿Quieres dejarnos en paz? Dios te ampare.

—Es que á esa señora, replicó el golfo, he visto yo que se le ha caído esto.

—A ver, ¿qué es eso?, dijo el caballero tomando la alhaja que le presentaba Pelegrín.

—¡Ay!.. ¡Mi medallón!, exclamó al mismo tiempo una de las señoras.

—¿Pero tú sabes lo que es esto, chiquillo?, preguntó aquel señor.

—Pues es una cosa que debe valer mucho dinero, porque relumbra como el oro.

—¿Y por qué no te has quedado con ello?

—Porque no es mío, dijo ingenuamente el chico. El caballero se quedó mirando fijamente á Pelegrín.

—¡Estos granujas tienen á veces unas cosas!.., murmuró. ¡Toma!

Y le dió un duro.

Pelegrín se quedó un momento parado con la moneda en la palma de la mano. Luego se acercó á una luz y la estuvo mirando. Le parecía un sueño. ¡En su vida había sentido el contacto de una moneda como aquella! Apretó el duro en el puño, dió una cabriola y salió disparado por la calle Mayor, hacia la Puerta del Sol, diciendo:

—¡Para tomar café en el puesto del *Lechusa*!.. ¡Para ver el domingo al *Pipi*!..

* * *

Conforme avanzaba, Pelegrín iba olvidándose del sueño y del cansancio y del *Pipi* y hasta de que en aquel momento era capitalista, para no acordarse más que de la Pura, por mal nombre la *Ojazos*, que debía estar allí, vendiendo «La Corres» en la esquina de la calle del Correo.

Purilla era una golfa como él, pero más aristocrática, más distinguida. Tenía falda casi nueva y mantón casi nuevo también, y usaba zapatós y ¡hasta se lavaba la cara algunas veces! Tenía, sobre todo, una posición... ¡era *periodista*!, y tenía casa y madre, á la que por cierto cuidaba con mucho cariño.

Purilla contaría, poco más ó menos, catorce años, la misma edad que Pelegrín, y era una morenilla graciosa, de nariz respingada, que le daba un aire pícaro, y unos ojos negros, hermosísimos, á los que asomaba el alma ardiente de una andaluza.

Pelegrín avanzó anhelante hacia el sitio en que debía estar la muchacha, extrañándose de no oír su voz, aquella voz cristalina que le removía las entrañas, pregonando los periódicos.

—Es ya tarde, pensó, y se habrá marchado.

Pero no. La *Ojazos* estaba allí, junto á la esquina, gateando por el suelo, yendo de un lado á otro muy afanosa.

—¿Pero qué haces, Purilla?, preguntó el golfo. ¿Qué te sa perdió?

—Se man perdió las perras, toas, toas, contestó lloriqueando la chica, y me paece que san dió por la alcantarilla.

Pelegrín se echó también al suelo, ayudando á Purilla á buscar los cuartos, pero las pesquisas de ambos resultaron infructuosas.

—Pus no hay na, dijo Pelegrín.

La *Ojazos* principió á llorar desconsoladamente y aquel llanto parecía al granuja que le caía en la garganta, ahogándolo.

—Cálmate, mujer, exclamó, que no es pa tanto.

—¡Pus no ha de ser!, replicó la chica sacando un papel. ¡Si mi madre está mala y tengo que llevarle esta receta!

Pelegrín se tiró de los pelos, para lo cual ni siquiera tuvo que quitarse aquel vestigio de gorra que llevaba en la cabeza.

Luego quedó un instante perplejo; fué á decir algo y se atragantó; cogió, por último, la mano de Purilla y puso en ella el duro que su puño cerrado había guardado hasta entonces cuidadosamente.

—Toma, le dijo, y no llores. Too lo que yo tengo es pa ti.

La *Ojazos* lo miró sorprendida; lanzó una risotada, luego echó un baile, y sin decirle una palabra y saltando como una corza, emprendió la carrera por la calle del Correo adelante.

Al día siguiente, Sábado Santo, bien temprano, Pelegrín llenaba de arena su esportilla en la ribera del Manzanares, más allá del Pontón.

Estaba triste y alegre al mismo tiempo. No tomaría aquella mañana el café y el panecillo en el puesto del *Lechuzo*, ni iría al día siguiente á la corrida á ver al *Pipi*; pero la madre de la Pura tenía su *melecina*, y la *Ojazos*, á quien él quería con toda su alma, aunque sin decírselo, porque ella era casi una señorita y él un golfo sin vergüenza, tendría algo que agradecerle.

Pelegrín se limpió una lágrima con el dorso de la mano y principió á silbar el *Morrongo*... De pronto, al inclinarse para levantar su esportilla, alguien, que muy calladamente se le había acercado por detrás, le tapó los ojos con las manos.

—Estate quieto, *Pelos*, dijo Pelegrín, que no estoy pa bromas.

Sonó una alegre carcajada y las manos que le impedían ver se retiraron.

Pelegrín se volvió rápidamente y quedó aturrido de sorpresa y de alegría.

No era el *Pelos*, el arenillero, el que estaba delante de él, sino la *Ojazos*.

—¡Tú aquí!, exclamó el golfo. ¿Pus á qué has venio?

—He venio á buscarte, contestó la chica.

—¿Y pa qué?

—Pa decirte que te quiero.

Y espontáneamente, ingenuamente, con una gran decisión, húmeda y brillante la mirada de sus ojazos negros, la Purilla le echó los brazos al cuello, lo atrajo á sí y clavó sus labios encendidos en la boca del golfo.

Pelegrín sintió un desvanecimiento; se abrieron para él los cielos, deslumbrándolo, le zumbaron los oídos...

En aquel momento, todas las campanas de Madrid tocaban á Gloria.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

MAURICIO MÆTERLINCK

Mauricio Mæterlinck, el eminente literato belga cuyo teatro señala una nueva orientación en el arte dramático, nació en 1862 en Gante, en donde cursó la carrera de Derecho. Sin embargo, atrajéronle más las letras que la jurisprudencia, y á poco de terminar sus estudios publicó una colección de poesías, de extraña factura y abstrusos conceptos, al que sucedieron sus primeras composiciones dramáticas, *Los legos* y *La intrusa*, que llamaron poderosamente la atención por su originalidad y por su intensidad dramática.

Algún tiempo después escribió *La princesse Meli-ne*, que se considera como la mejor de sus obras, y de la cual ha dicho otro escritor no menos eminente, Octavio Mirbeau, que era superior á cualquiera de las que han inmortalizado á Shakespeare.

Dió luego á la escena *Les sept princesses y Pelleas et Melisande*, que si no obtuvieron el éxito de la anterior, contribuyeron á afirmar la fama que en todo el mundo se había conquistado Mæterlinck.

Siguieron á éstas otras obras pertenecientes á distintos géneros, como *Les abeilles*, *Le tresor des humbles*, *Douze chansons*, los tres dramas para «marionetes» *Alladine et Palomides*, *Interieur* y *La mort de Tintageles*, y finalmente los dramas *Monna Vanna*, *Joyzelle* y *Aglavaine et Selisette*.

Pocos autores dramáticos contemporáneos han sido discutidos con más apasionamiento que Mauri-

cio Mæterlinck, y este hecho por sí solo demuestra palpablemente que no se trata de un escritor vulgar, ni siquiera de un gran dramaturgo que sigue la senda que otros antes que él trazaran. En punto á juicios



MAURICIO MÆTERLINCK, célebre dramaturgo belga

sobre su obra no hay términos medios; sus admiradores le presentan como genial revelador de un arte nuevo, como descubridor de una nueva faz de la belleza que nadie antes que él sintió ni hizo sentir; sus detractores le consideran como poeta extravagante, como un visionario ó poco menos, sin la menor noción de lo que son la verdadera poesía y el verdadero arte escénico.

Y se comprende que así sea: sus teorías estéticas y sus procedimientos teatrales de tal modo rompen, no sólo con las tradiciones, sino hasta con las evoluciones modernas de la dramaturgia, que ó se aceptan con entusiasmo ó se rechazan con indignación. Lo que no cabe en la crítica de Mæterlinck es la indiferencia.

Se ha dicho que Mæterlinck es fatalista; pero esto sólo en parte es verdad. Su fatalismo no es el fatalismo pasivo que los griegos y los romanos denominaron *ananké y fatum*; no es el fatalismo que sin protesta y sin lucha deja que los hechos sucedan sólo porque han de suceder. El autor de *La intrusa* no se contenta con aceptar la fatalidad, sino que además trata de explicársela, de razonarla, buscando para ello las relaciones que, según él, existen entre el mundo real y el suprasensible, el enlace misterioso que une los espíritus al través del tiempo y del espacio.

Oigamos sus propias palabras reproducidas por un célebre crítico parisiense al dar cuenta de una entrevista que con el famoso dramaturgo celebró no hace mucho tiempo:

«Cada vez que entro en un teatro, me anima la esperanza de ver algo de la vida enlazada con sus fuen-

tes y sus misterios, de entrever por un momento la belleza, la grandeza y la gravedad de mi humilde existencia diaria. Y lo que me refieren son historietas infantiles basadas en sentimientos de excepción, y lo que me muestran son héroes, cuando yo quisiera ver hombres. No hemos avanzado un paso; somos inferiores á los poetas de la antigüedad, que mezclaban en sus ficciones una preocupación metafísica, que ponían en escena la lucha del hombre contra los dioses, es decir, el problema del destino terreno. Estas nobles inquietudes han desaparecido; el teatro muere á manos de los vaudevillistas; es la más atrasada de todas las artes y ha llegado la hora de regenerarla.»

Según Mæterlinck se está realizando un movimiento que sólo los ciegos se empeñan en no ver; el alma se despierta y con ella todo cuanto de ella depende; comenzamos á comprender que por encima de la existencia vulgar hay una existencia superior cuya esencia no ha podido hasta ahora penetrarse, pero que se revela por medio de innegables manifestaciones, y nuestras miradas se dirigen hacia este lado; las ciencias ocultas, el magnetismo, los fenómenos de hipnotismo y de sugestión excitan ardientes curiosidades y sólo se explican por la necesidad que nos domina de sondar las tinieblas que nos rodean. Quisiéramos descifrar el irritante enigma; lo desconocido nos envuelve y el acto menos importante que realizamos está sometido á influencias que la razón es impotente para explicar. ¿Qué son la simpatía y la antipatía que nos acercan ó nos apartan invenciblemente de ciertos individuos? ¿A qué leyes obedecen estas afinidades electivas ó instintivas? Hay aquí un campo de estudio algo más interesante, según Mæterlinck, que el análisis de algunos casos pasionales: la verdadera psicología es la psicología trascendental que se ocupa de las relaciones de las almas entre sí, y esta psicología nada tiene de común con la psicología elemental cuyo reinado está á punto de terminar.

«Tiempo vendrá, y no tardará mucho, en que nuestras almas se percibirán sin la mediación de nuestros sentidos.»

Una de las cosas que caracterizan su estilo son las repeticiones de las mismas palabras, de las mismas sílabas, lo cual da á veces á sus diálogos cierta monotonía y cierta primitiva ingenuidad.

Preguntado por el crítico á quien antes nos hemos referido acerca de qué razón artística le había determinado á emplear con tanta frecuencia ese extraño procedimiento, contestó:

«Ninguna. Los aldeanos de mi país, cuya inteligencia es perezosa, tienen la costumbre de pronunciar repetidas veces los mismos epítetos ó los mismos verbos, costumbre que da á sus palabras un carácter de gravedad pueril al par que sentencioso. En ella me he

inspirado, considerando que un personaje de leyenda tiene cierta afinidad con un campesino y puede hablar el mismo lenguaje... Me he sentido impulsado por una especie de instinto de imitación, no por el deseo de singularizarme.»

El teatro de Mæterlinck requiere actores especialmente educados para un género escénico que se sale por completo de lo ordinario; actores que se identifiquen con esa psicología extraña de las concepciones mæterlinckianas, que penetren hasta lo más hondo de los personajes que han de representar y que al propio tiempo les den todo el vigor plástico con que el poeta-artista los ha ideado. Desde este punto de vista, difícilmente se encontraría una actriz que, en la interpretación de las heroínas de este teatro, igualara á Mme. Georgette Leblanc-Mæterlinck, que como ella sintiera en toda su intensidad el ideal en que se inspiran y á que tienden todas las obras de su esposo, que como ella imprimiera en todas sus creaciones ese carácter vago, poético, misterioso, con que las ha concebido el filósofo-dramaturgo.

Mæterlinck y Georgette Leblanc constituyen la fusión más perfecta que puede imaginarse entre el autor y su intérprete; el amor los ha unido en la más absoluta comunión de almas, y acaso el poeta, pensando en la esposa, sintiendo con ella y como ella, ha trazado más de una de esas hermosas figuras que en sus dramas se admiran; como la actriz, pensando en el marido, conviviendo con él espiritualmente, ha logrado asimilarse el modo de ser más íntimo de esas figuras y de hacerlas vivir en escena con una maestría imponderable.—R.



BATALLA DEL CERRO DE GUADALUPE, cuadro de José Cusachs

La batalla ocurrida el 5 de mayo de 1862 en las cercanías de Puebla (México), llena una de las páginas de la historia de la ocupación francesa, que tuvo como principal objetivo la transformación del territorio mejicano en imperio y terminó en Querétaro con el fusilamiento del infortunado Maximiliano. Los famosos zuavos y los cazadores de Vicennes se estrellaron contra la inquebrantable energía de las divisiones mexicanas, y hubieron de ceder, ante el empuje de la brigada de Oaxaca, mandada por el entonces joven general Porfirio Díaz, que desde hace algunos años rigió los destinos de México y que está representado en el centro del lienzo en el acto de apoderarse de un guión francés. El cuadro de Cusachs embellece el salón de artes del Palacio de la Presidencia, en México.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Las dificultades de los transportes rusos. Transporte de cañones de gran calibre por el ferrocarril manchuriano en medio de una nevasca, dibujo de Carlos Dicon (Reproducción autorizada)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los japoneses no cejan en su empeño de apoderarse de Puerto Arthur, ó por lo menos de hostilizar la plaza y la escuadra rusa que en su puerto está anclada.

El último ataque fué el día 10 y tuvo relativa importancia. En la madrugada de dicho día, seis torpederos rusos salieron fuera de la rada, y al encontrarse en alta mar, topáronse con la escuadra japonesa, compuesta de varios torpederos y cruceros. Trabajóse inmediatamente entre ambas fuerzas un combate, durante el cual el cañonero ruso *Vlastny* lanzó un torpedo contra un torpedero japonés, que se fué á pique. Mientras los barcos rusos regresaban á Puerto Arthur, el *Steregoutchy* sufrió grandes averías, dejando de funcionar su máquina, en vista de lo cual el almirante Makarof salió á socorrerlo con los buques *Novik* y *Bayan*, pero hubo de desistir de su intento porque cinco cruceros enemigos rodeaban al torpedero y además se aproximaba la escuadra de acorazados japoneses. El *Steregoutchy* se fué á pique, perdiendo parte de su tripulación y siendo hecho prisionero el resto de la misma. Las bajas de los rusos en esta acción fueron dos marineros muertos, y cuatro oficiales y 18 marineros heridos. A las nueve de la mañana presentáronse delante de Puerto Arthur 14 buques japoneses, que comenzaron á bombardear la plaza desde gran distancia; el bombardeo duró hasta la una, y durante él lanzáronse contra las fortificaciones unos 200 proyectiles de grueso calibre que apenas causaron daño alguno en los barcos y en los fuertes rusos: las bajas fueron un soldado muerto, y un oficial y cuatro soldados heridos; hubo también algunas, aunque muy pocas, en la población civil. Los fuertes de Puerto Arthur respondieron al fuego del enemigo, ocasionando, según parece, importantes averías al crucero japonés *Takassago*.

Estas noticias las tomamos de los partes oficiales dirigidos al tsar por el general Alexeieff, y en el fondo coinciden con ellas las contenidas en el parte oficial del almirante japonés Togo. Hay, sin embargo, entre ambos documentos alguna diferencia, debida á que

así como los rusos han sido siempre sinceros en sus comunicaciones en cuanto á las pérdidas por ellos sufridas, los japoneses se han propuesto, según se va viendo, ocultar cuidadosamente en los documentos oficiales las suyas, que no han llegado á conocerse sino por medios indirectos y por ende con retraso. Así el parte á que nos referimos, si bien confiesa que los japoneses tuvieron siete muertos y ocho heridos, afirma que ninguno de los buques de su escuadra quedó fuera de combate.

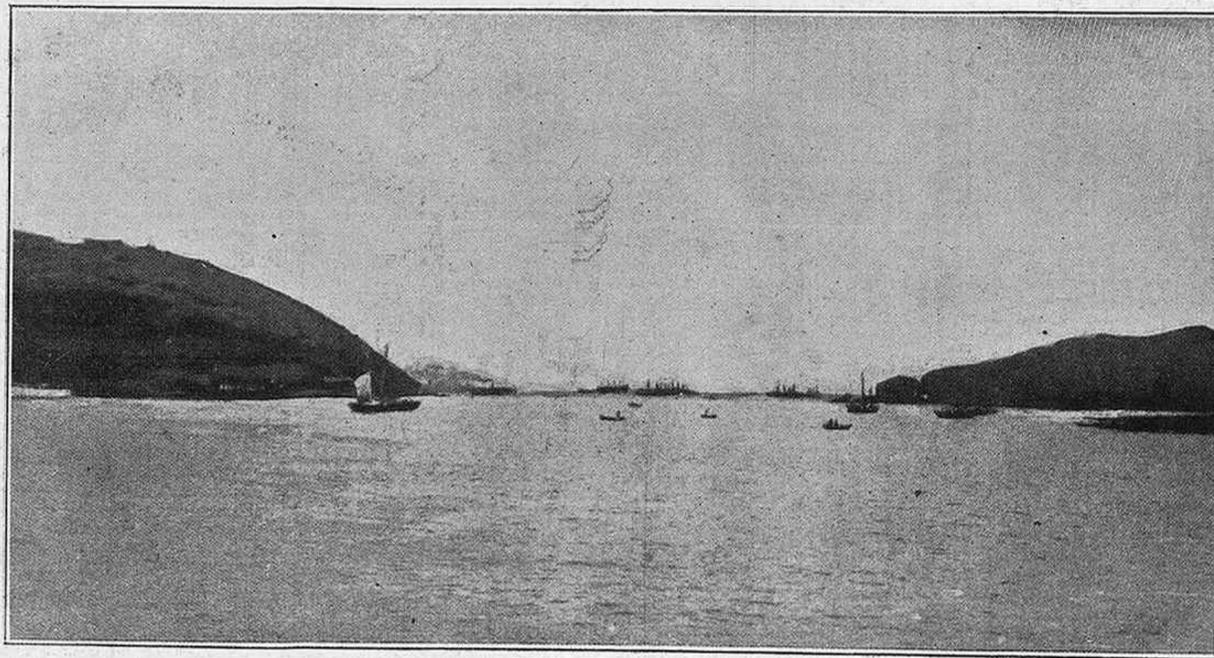
Otro hecho de armas ocurrido desde que escribimos nuestra última crónica es el bombardeo de Vladivostok.

El día 6, la escuadra japonesa, á cosa de las dos de la tarde, comenzó á bombardear aquella plaza, lanzando contra ella unos 200 proyectiles de grueso calibre que casi no causaron daño alguno, lo cual se explica perfectamente teniendo en cuenta que los disparos se hacían desde una distancia de ocho ó diez kilómetros y que la ciudad se halla resguardada del

en esfuerzos que á nada conducen resulta incomprensible; esos bombardeos de Puerto Arthur y Vladivostok á distancias desde las cuales es muy difícil, si no imposible, no ya hacer blanco, pero ni siquiera conseguir que los proyectiles lanzados desde los buques puedan llegar á tierra, podrían ser estratagemas más ó menos justificadas si se tratara de un adversario impresionable é impaciente; mas tratándose de los rusos, de cuya serenidad, calma y sangre fría pueden estar más que convencidos los japoneses, son sencillamente pueriles y justifican hasta cierto punto las insinuaciones de ciertos corresponsales, que pretenden que todos estos combates y bombardeos sin trascendencia alguna no tienen más objeto que deslumbrar al pueblo japonés y contrarrestar la influencia del partido contrario á la guerra que existe en el Japón, como ha existido casi siempre en todas las naciones que por causas más ó menos justas se ven empujadas á la lucha armada.

Y á todo esto, ¿dónde está la llamada escuadra rusa de Vladivostok? Afírmase que ya no se encuentra en ese puerto y que recorre las aguas inmediatas á Gensán, en la costa Este de Corea, en donde dificulta grandemente los desembarcos de los japoneses. Añádese que una parte de la escuadra japonesa permanece en las cercanías de Vladivostok á fin de evitar el regreso de los barcos rusos para proveerse de carbón, contingencia que no habrá de realizarse por estar aquellos provistos para mucho tiempo. Pero todas estas noticias no han sido oficialmente confirmadas, y hasta tanto que esto suceda es preciso ponerlas en duda. En cuanto á la plaza de Vladivostok, los rusos la consideran inexpugnable, no sólo por sus fortificaciones y por las fuerzas que la guarnecen, sino que también á causa de sus defensas naturales, que obligarían á los barcos japoneses á desfilarse uno á uno por la estrecha entrada del puerto.

Otra escuadra que podrá influir tal vez de un modo decisivo en la guerra es la del Báltico, compuesta de nueve acorazados y de gran número de cruceros y torpederos. En Cronstadt se trabaja activamente para que esté dispuesta á fines de julio y se dirigirá al



GUERRA RUSO-JAPONESA. — La escuadra rusa en la rada de Puerto Arthur, de fotografía tomada el día antes del primer ataque de los japoneses (Reproducción autorizada)

lado del mar por una serie de colinas de 150 á 180 metros de alto. Los fuertes de tierra no contestaron, dejando que el enemigo gastara municiones inútilmente. Al fin los japoneses se retiraron, sin que hasta ahora se haya podido saber qué idea les impulsó á realizar este ataque de todo punto infructuoso, á pesar de no haber encontrado resistencia alguna de parte del adversario.

Esta táctica de los japoneses de consumir energías



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Desembarco de tropas japonesas en las inmediaciones de Fusán, dibujo de Carlos Padday, de una fotografía (Reproducción autorizada)

teatro de la guerra probablemente por el mar Blanco, para lo cual se enviarán varios buques rompehielos que al comenzar el deshielo comprobarán si es posible verificar el viaje por el paso del Nordeste señalado por Nordenskjöld. En este caso llegaría aquélla al teatro de la guerra en agosto y septiembre y podría equilibrar las fuerzas navales beligerantes, con la ventaja de que los buques que la forman no estarían fatigados como los japoneses, después de tantos meses de operaciones.

Aunque se refieren á un hecho tan atrasado como el primer ataque de los japoneses contra Puerto Arthur, creemos interesantes algunas noticias que acerca del mismo han dado dos contramaestres de las «Forges et Chantiers de la Méditerranée» recientemente llegados á Marsella, que se encontraban á bordo del *Tsarevitch*, cuando aquél ocurrió. Según ellos,

rusos se dieron cuenta de la agresión de los japoneses, que en manera alguna esperaban, afirman que en seguida se produjo un movimiento en todos los buques, las dotaciones se apercibieron con el mayor orden y sangre fría al combate y todos los artilleros estaban en sus puestos cuando estalló el primer torpedo. Y después de explicar las peripecias de la lucha, las disposiciones que se adoptaron para proceder al salvamento de los buques averiados y conducirlos al puerto, terminan diciendo: «Los marineros y los oficiales rusos dieron pruebas de una disciplina admirable y de una resolución firme y valerosa. Cuando las tripulaciones supieron lo que ocurría, cada hombre ocupó su puesto de combate con orden y sin vacilación; los oficiales se mostraron á la altura de su misión, y su conducta era la más á propósito para inspirar á sus subordinados la necesaria confianza.»

go y Moscou, las poblaciones en masa, á pesar de la hora intempestiva, acudieron á vitorear á Kuropatkine. Llegó éste á Moscou, en donde le esperaba una multitud enorme, y desde la estación y en tren especial dirigióse al célebre monasterio de Troitsa, en el que se conservan el cuerpo y la milagrosa imagen de San Sergio, su fundador, que el general ha querido besar antes de marchar al teatro de la guerra. Esperábanle allí más de veinte mil personas, que le recibieron entonando el himno nacional y lanzando frenéticos vivas, y le acompañaron hasta la iglesia del monasterio. Terminado el oficio divino, el archimandrita le dirigió una salutación y le bendijo, después de lo cual Kuropatkine besó fervorosamente los restos y la imagen del Santo. A la una estaba de regreso en Moscou, y después de haber visitado el palacio del gran duque Sergio, se dirigió al palacio de la No-



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Vista panorámica de la bahía de Vladivostok ó Cuerno de Oro (Reproducción autorizada)

es injusta la acusación lanzada contra los marinos rusos de que no habían tomado las precauciones debidas que imponían las circunstancias y de que en el momento de la sorpresa estaban en tierra, asistiendo á un baile en casa de la esposa del almirante Stark; por el contrario, todos se hallaban á bordo, incluso el almirante, y el servicio de los barcos se hacía como de costumbre. En cuanto á lo que ocurrió así que los

La despedida que en San Petersburgo y en Moscou se ha hecho al general Kuropatkine ha sido entusiasta, delirante: en la primera de estas dos capitales una muchedumbre inmensa acudió á la estación del ferrocarril y no cesó de aclamar con formidables hurras al que Rusia entera considera desde ahora como indiscutible triunfador en la actual guerra. En todas las estaciones del trayecto entre San Petersbur-

bleza, en cuyos magníficos salones verificóse una suntuosa recepción, á la que concurrieron los mariscales, los miembros de la nobleza de Moscou y de los alrededores, la Duma, el Zemstvo, los representantes de los municipios suburbanos, grandes señores, oficiales, comerciantes, menestrales, gente del pueblo, aldeanos; en una palabra, toda la región moscovita. Después de la ceremonia religiosa, celebrada



LA MALDICIÓN DEL PADRE, notable cuadro de GREUZE que se conserva en el Museo Nacional del Louvre, de París

por cinco arzobispos, multitud de diáconos y niños de coro, entregáronse al general siete iconos ó imágenes santas que le regalaban la nobleza de Moscou, la Duma, el Zemstvo, la Bolsa, los comerciantes, los menestrales y los obreros, y un estandarte bendecido por el arzobispo, que Kuropatkine besó puesto de rodillas. A los discursos que le dirigieron contestó el



GUSTAVO SALVINI, notable actor dramático italiano que actualmente representa en el teatro de Novedades de Barcelona.

general con otro que estimamos digno de ser reproducido:

«Rusia ha pasado por pruebas más duras que la presente y de todas ha salido triunfante. Sin tratar de disminuir las dificultades que nos esperan ni de rebajar las fuerzas y el valor de nuestro enemigo, también ahora esperamos con calma imperturbable y confianza absoluta el resultado definitivo y victorioso de esta lucha que no hemos provocado.

»Por voluntad del emperador se ha concentrado en el Extremo Oriente un ejército poderoso; si éste no es suficiente, será reforzado con nuevas tropas; y cualesquiera que sean las pruebas que nos esperan, siempre sentiremos los vínculos íntimos é indisolubles que nos unen á toda la Rusia y á su corazón, la ciudad de Moscou.

»Las oraciones de Moscou y de toda Rusia nos sostendrán en la lucha por la buena causa que Rusia defiende en el Extremo Oriente, y por la que combatiremos en cumplimiento de nuestro deber y de nuestro juramento. Estas oraciones nos darán las energías necesarias para cumplir nuestro deber para con el tsar y la patria, sin economizar nuestras fuerzas ni nuestra vida.

»¡Hágase la voluntad de Dios! Delante de todos vosotros, representantes de Moscou, me prosterno en nombre de todo el ejército de Mandchuria. Acepto los votos, los iconos y las oraciones, no para mí, sino para el ejército. Cuando llegue al Extremo Oriente, tendré el derecho de transmitir al virrey y al ejército las calurosas y conmovedoras despedidas de que he sido objeto por parte de Moscou y de toda Rusia.

»Permitidme que termine expresando un sentimiento que seguramente llena vuestros corazones y vuestros sentimientos. ¡Un hurra ruso por la salud y larga vida de nuestro gran emperador!»

Esta peroración fué saludada con frenéticas aclamaciones.

A las diez y cuarenta, el tren que conducía al general abandonaba la estación de Moscou, entre los aplausos y vivas entusiastas de un público innumerable.—R.

NUESTROS GRABADOS

Gustavo Salvini.—La fama de que venía precedido este notable actor no ha resultado exagerada: en las representaciones que está dando Gustavo Salvini en el teatro de Novedades, ha demostrado ser artista de excepcionales condiciones. Es un continuador del género clásico; su voz, su figura, sus actitudes, todo en él revela al devoto de la tradición que tantos y tan gloriosos nombres ha inscrito en los anales del arte dramático ita-

liano. Su repertorio, al par que demostración de sus aficiones y de sus tendencias, lo es de la diversidad de sus aptitudes, que le permiten interpretar con igual maestría los protagonistas de obras tan distintas como *Edipo Rey*, de Sófocles; *Otelo*, de Shakespeare, y *Tartuffe*, de Moliere. Hijo del gran actor Tomás Salvini, de quien tan gratos recuerdos se conservan en Barcelona, hace honor al nombre que lleva. El público barcelonés le ha recibido con entusiasmo, y en cuantas obras ha puesto en escena le ha tributado calurosas ovaciones.

Ramón Tusquets.—Otro artista merísimo, otro pintor español de reconocida valía, ha dejado de existir lejos de la patria, después de haber dado constantes pruebas de sus recomendables aptitudes y condiciones y de su laboriosidad y devoción por el arte, que con tanto aprovechamiento cultivara. Ramón Tusquets, que nació en Barcelona, ha fallecido recientemente en la Ciudad Eterna, en donde desde hace muchos años residía y adonde se encaminó afanoso de completar su educación, formando parte de aquella pléyade de artistas, los cuales representan y significan el renacimiento artístico contemporáneo español. Allí ó desde allí obtuvo, como sus malogrados compañeros, sus primeros triunfos, y allí ha sucumbido, después de haber recorrido gloriosamente la senda que se trazara en los comienzos de su carrera, sin que el transcurso de los años aminorase su entusiasmo por el arte, ni la distancia entibiara su amor á Cataluña y á la patria española.

Considerable es la labor realizada por Tusquets y tan varia como diversas fueron sus aptitudes, ya que su producción abarca todos los géneros. Basta para convencerse de ello recordar sus principales obras. Al *Estudio del natural*, que después de haber obtenido merecida recompensa en la Exposición Nacional de 1866 fué adquirido por el Estado, sucedieron *La campiña romana*, premiado asimismo en la de 1871; *La muerte de Sisara*, *Aldeanos*, *Plaza de Analfi*, *Portón romano*, *La recolección del cáñamo*, *Un cortijo*, *Efecto de niebla*, *Una lección de canto llano*, *Argelina*, que figuró en una de las exposiciones de Bellas Artes celebrada en ésta, y el retrato de S. M. la reina Doña María Cristina, que posee nuestro Ayuntamiento, aparte de otros y otros verdaderamente recomendables, algunos de los cuales expusieron hace pocos meses en el Salón Parés. Mas en donde se adivina la personalidad de Tusquets y el cariñoso recuerdo que dedicaba á su país es en los cuatro lienzos que sintetizan hechos gloriosos para la patria historia: *El conceller Fivaller en su querrela con Fernando de Antequera*, *La proclamación del príncipe de Viana como lugarteniente de Cataluña*, *Pedro el Grande en la liza de Burdeos* y *El embarque del rey D. Jaime para la conquista de Mallorca*.

Ramón Tusquets ha sido el último representante de un período artístico que enaltece, permaneciendo siempre fiel á sus tradiciones de escuela. Bien merece que se enaltezca su memoria, y que al escribir estos renglones dediquemos al artista que tanto logró distinguirse y al amigo consecuente y perfecto caballero un tributo de respetuosa consideración y de sincero afecto.

La maldición del padre, cuadro de Greuze.—Juan Bautista Greuze, que nació en Tournus (Francia) en 1726 y murió en París en 1805, fué uno de los mejores pintores de género del siglo XVIII. No tiene rival en las escenas de familia, y sus composiciones de esta clase son pequeños dramas íntimos que cautivan por su fin moral, por la conmovedora expresión de las figuras y por la admirable agrupación de los personajes, cualidades que se advierten en *La maldición del padre*. Fué asimismo un gran retratista, y sus retratos respiran vida y sentimiento y sus bustos femeninos tienen una suavidad, una gracia y una frescura extraordinarias. Uno de los mayores méritos de Greuze fué el haber prescindido del aparato mitológico de los pintores de moda en su tiempo: sus escenas familiares, sus lienzos tomados de la vida privada de la clase media, fueron el primer golpe asestado á los procedimientos rutinarios. Los últimos años de su vida fueron sumamente penosos; pero gracias á su buen humor y á su carácter prácticamente filosófico, pudo soportar las contrariedades que sobre él pesaron. Perdidos todos sus ahorros, que tenía colocados en casas de banca que hicieron malos negocios, encontróse sumido en la miseria, viéndose obligado á aceptar el alojamiento gratuito que le ofreció la Convención en el Louvre, en donde murió casi indigente. El cuadro suyo que reproducimos formaba parte de la colección de Luis XVIII y fué vendido en 1820 por la cantidad de 10.000 francos; en la actualidad figura en el Museo del Louvre.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. — El «Círcol Artístich de Sant Lluch», con el propósito de conmemorar el quincuagésimo aniversario de la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, abre un concurso de obras de arte plástico, dedicadas á María Inmaculada; el asunto habrá de ser la Virgen María, proponiéndose la letanía como fuente preferente de inspiración; las obras presentadas habrán de ser de pintura, escultura, dibujo, arquitectura, arte decorativo ó industrial, etc.; las pinturas y dibujos se presentarán con marco y cristal, y con pedestal las esculturas; las obras se enviarán al local del «Círcol» (Montesión, 3 bis, bajos), donde se entregará un recibo que dará derecho á la elección del Jurado calificador; el plazo de admisión terminará el día 31 de octubre próximo; el «Círcol» ofrece mil quinientas pesetas de premio en metálico, que quedarán en depósito en la casa de banca del tesorero de la Comisión ejecutiva D. Agustín Valls y Vicens; compondrán el Jurado: el presidente del «Círcol» y el consiliario, dos pintores, dos escultores, dos arquitectos, dos artistas decoradores ó industriales; de éstos, uno por cada grupo será nombrado por el «Círcol» y el otro por sufragio entre los concurrentes.

Teatros.—En Monte Carlo se ha estrenado con éxito grandísimo la última obra de Saint-Saens *Helene*, poema lírico en cuatro cuadros, de gran inspiración y magistral factura, que ha sido puesto en escena con extraordinario lujo.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en Noveautés *La main passe*, comedia vaudeville en cuatro actos de Jorge Feydeau; y en el teatro Antoine *Oiseaux de passage*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay y Luciano Descaves.

Barcelona.—En Romea se ha reproducido la hermosa tragedia de Angel Guimerá *Jesús de Nazareth*, con nuevo decorado de los reputados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma. En Novedades está dando una serie de representaciones el notable ac-

tor italiano Gustavo Salvini, de quien nos ocupamos en esta misma página. En el Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista austriaco Emilio Sauer, quien ha interpretado de un modo maravilloso composiciones de Bach, Beethoven, Schubert, Schumann, Chopin, Liszt, Rameau, Brahms, Rubinstein, Sgambati y varias originales suyas, habiendo sido en todas ellas aplaudido con delirante entusiasmo. En la «Asociació Wagneriana» se han dado otros dos conciertos del ciclo de Beethoven por los Sres. Doménech Español, Dini y Munner, que obtuvieron muchos y merecidos aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

Augusto Discheiner, pintor austriaco.

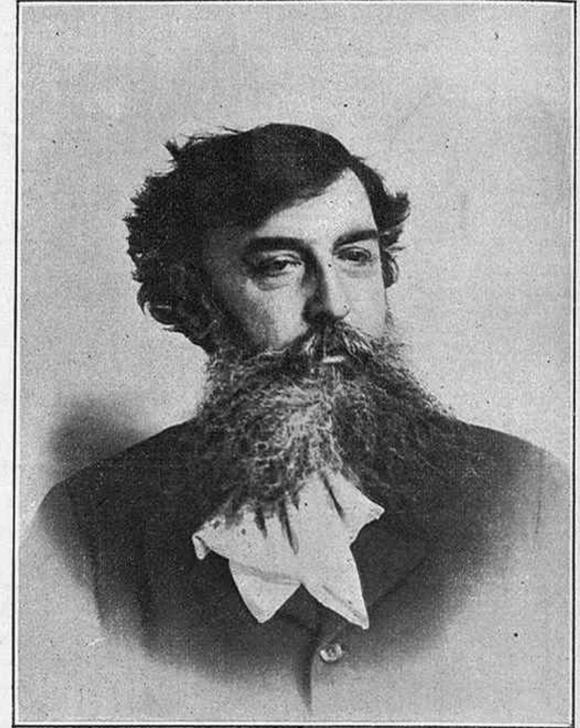
Conrado Grob, pintor muniquense.

Enrique Keppel, el decano de los almirantes de la armada inglesa.

Eduardo Lassen, compositor alemán.

Enrique Vogel, pintor alemán que ha dejado un millón de marcos (1.250.000 pesetas) para ser destinados á fines artísticos.

Fernando Mannlicher, austriaco, inventor del fusil de repetición que lleva su nombre.



RAMÓN TUSQUETS Y MAIGNÓN, notable pintor español fallecido en Roma el día 11 de los corrientes.

Rodolfo Maison, escultor muniquense, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Carlos Eugenio Ujfaloy, filólogo, antropólogo y explorador austriaco.

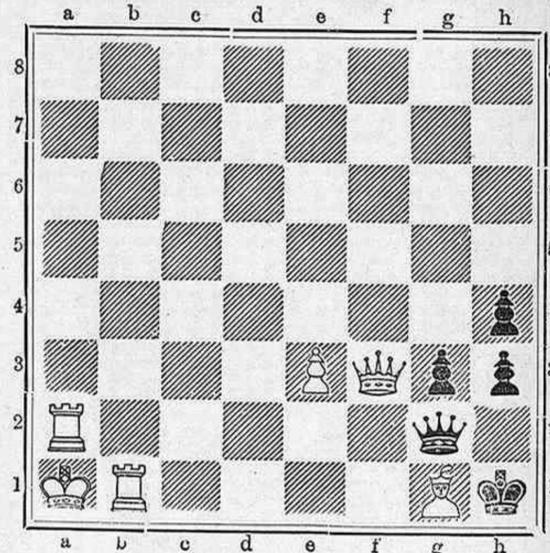
Manuel Rodis, novelista griego, éforo de la Biblioteca Nacional de Atenas hasta 1903.

BOUQUET FARNESE VIOLET 20.^a des italiens.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 357, POR S. LOVD.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

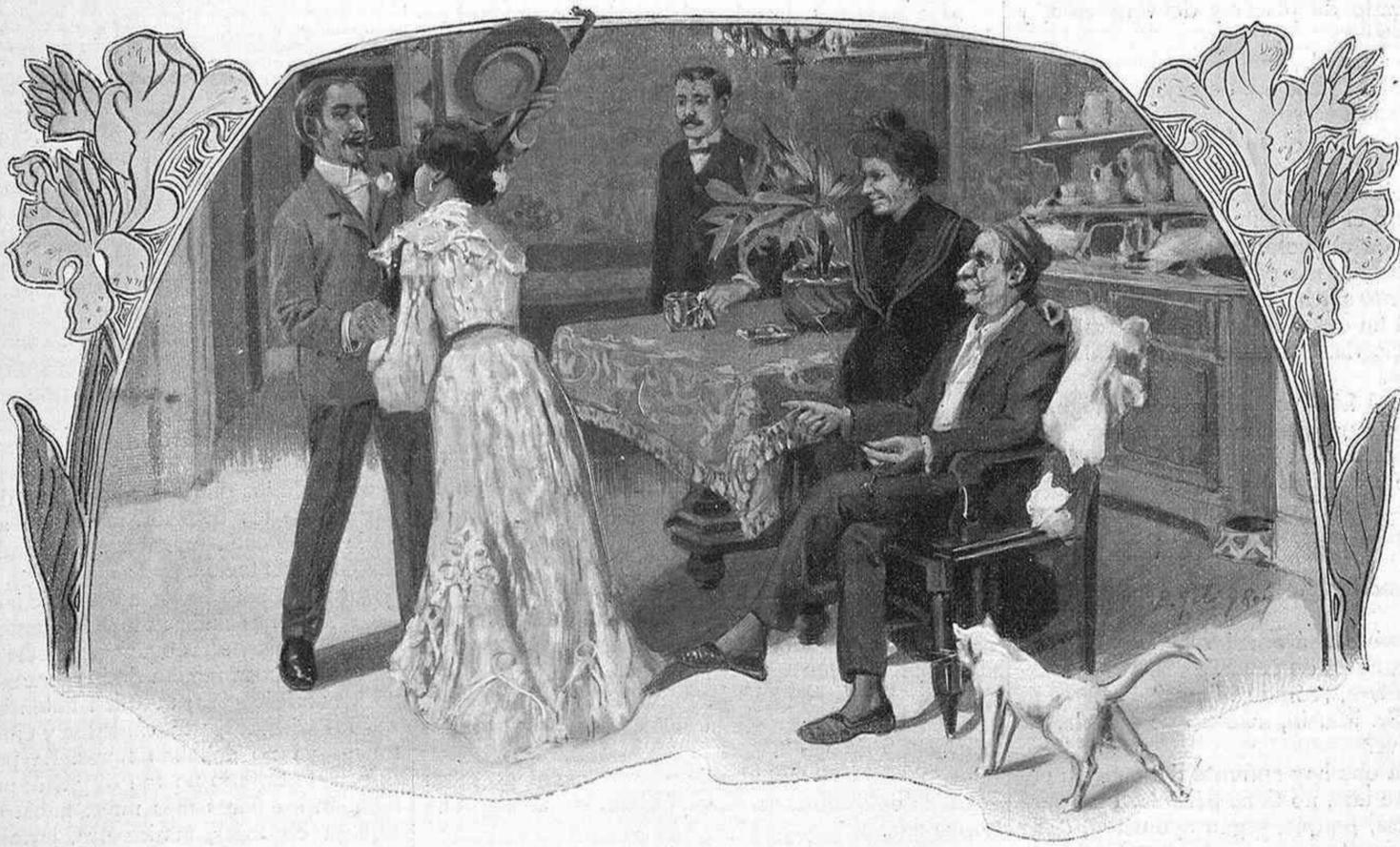
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 356, POR J. HANC.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rg8-g7 | 1. Re6-e5 |
| 2. Rg7-g6 jaque | 2. Re5-e4 |
| 3. Rg6-g5 jaque | 3. Re4-e3 |
| 4. Rg5-h4 mate. | |

VARIANTES.

- 1.... Cd8-c6; 2. Dh8-e8 jaq., Cc6-e7; 3. De8-f7 jaq., etc.
 1.... Re6-e7; 2. Dh8-f8 jaq., Re7-e6; 3. Df8-e8 mate.
 1.... Otra jug.^a; 2. Dh8-e8 mate.



El primo Fernando llegó al mediodía, era un individuo de estatura regular

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»No sé dónde habría ido á parar; aquel arranque lírico me habría llevado sin duda muy cerca de mi *te quiero*, si Ticia me hubiese dado tiempo. Pero sin cuidarse de refutar mis palabras, se puso el verdedón en el índice, lo levantó dos ó tres veces, para que abriese las alas y lo abandonó á sí mismo. El verdedón cruzó el aire como una flecha y fué á posarse en la rama más alta de una magnolia; yo miré á Ticia, no comprendiendo nada de aquella súbita determinación, y vi que sonreía.

—»Ha sido usted generosa, le dije, y me disponía á reanudar el elogio de la libertad.

»Pero Ticia se encogió de hombros con aquel movimiento habitual lleno de gracia, y llamó al fugitivo haciendo con los labios una especie de reclamo. El verdedón dejó la magnolia y volvió al hombro de la linda criatura, que lo acogió con muchas fiestas, le hizo mil caricias y lo volvió á meter en la jaula.

—»¿Se ha convencido usted ya?

—»¿De qué?, pregunté sin saber lo que decía.

—»De que mi verdedón me ama.

—»¿Y quién no la amaría á usted?, balbuceé reuniendo en un esfuerzo supremo todo el vigor de mi voluntad.

»El énfasis de mi acento, de mi mirada, de mi ademán, debía ser sin duda muy ridículo, porque Ticia me miró maravillada, soltó una carcajada y se metió en la casa.

»Menos avergonzado de aquella risa que de mi timidez, volví á sentarme en el banco para meditar en mi desdicha.

»Al entrar en la casa para cenar, encontré á toda la familia reunida en la sala. Parece que mi presencia no debió ser muy oportuna, porque la charla de la señora Ersilia, que me había parecido animadísima, cesó de pronto. Maravillado de aquel repentino silencio, busqué con los ojos los ojos de Ticia, pero ella los tenía vueltos hacia otra parte; seguí la dirección de su mirada y vi un personaje en el que hasta entonces no me había fijado y que estaba de pie en el hueco de la puerta, con el sombrero entre las manos y los ojos bajos, en actitud de humildad mezclada de vergüenza. Aquel hombre parecía aún joven, pero los largos cabellos que caían en desorden sobre su frente y la extraordinaria demacración de su cara le hacían parecer de más edad que la que en realidad tenía.

»La señora Ersilia parecía muy embarazada á causa de mi presencia; el capitán probó á toser dos ó tres

veces para romper aquel silencio penoso, mientras Ticia se mantenía enteramente aparte clavando en el desconocido una mirada en la que me parecía ver retratada la compasión.

»Yo me daba á los demonios por ser causa de aquella turbación, y hubiera deseado hallar un pretexto para volver al jardín y dar tiempo á mis buenos amigos y á aquel desconocido para recobrar de su estupor; pero el pretexto no se me ocurrió, y permanecí también inmóvil aparentando concienzudamente mi papel de importuno.

»Semejante situación duró dos minutos, es decir, dos siglos, hasta que la señora Ersilia, repuesta de su turbación, pudo reunir toda su presencia de ánimo.

—»Dispense usted, querido Luciano, me dijo en tono de broma; pero estaba tan ocupada hablando con este *caballero*, que no le he visto á usted entrar.

»Yo sonreí sin contestar y fuí á sentarme en un rincón, procurando en lo posible dar á entender que no me ocupaba de lo que sucedía. Al ademán que hizo la señora Ersilia, el *caballero* se inclinó levemente, y la buena señora siguió dirigiéndole directamente la palabra.

—»¿Conque va usted á establecerse en Perusa, para donde saldrá usted mañana por la noche, no es así? Tengo un amigo en Perusa, y puesto que usted tiene la amabilidad de ofrecerme sus servicios para aquella ciudad, me aprovecharé de ella como ya le he dicho.

»Nueva inclinación del silencioso *caballero*, y la señora añadió:

—»No necesita usted molestarse; mañana le enviaré á decir lo que se me ofrece.

»Yo no creía una palabra de cuanto iba diciendo la señora Ersilia, y por más que lo hubiese indicado, aquel *caballero* no tenía traza de haberse presentado para *ofrecerle sus propios servicios*.

»No sin cierta apariencia de razón, los hombres suelen mostrarse incrédulos de la virtud de la miseria y mirar con suspicacia la moneda del pobre, lo cual, más que una injuria á la pobreza es un varapalo á la riqueza, y la franca convicción de que la virtud entra, como los castillos, como los parques, como los campos, en el patrimonio de los ricos, en tanto cuanto los ricos la pagan con dinero contante y sonante, como los campos, los parques y los castillos. Dudar del pobre equivale ante todo á dudar de sí propio y atribuir al dinero lo que debería ser mérito del alma.

—»Parece muy afligido por tener que ausentarse de Pavia, dijo la señora Ersilia fingiendo volverse al capitán, cuando el desconocido se hubo marchado.

»El capitán esquivó la mirada de su mujer y contestó con un gruñido.

»Si yo no hubiese tenido otro escozor en la conciencia, la imagen de aquel *caballero* habría turbado quizás mis sueños; pero la idea de Ticia y el recuerdo de aquella carcajada que tan miseramente había dado al traste con mis ilusiones, bastaban para impedirme pegar los ojos.

»De todos modos, Ticia conocía mi amor, y esto hacía menos amarga mi angustia. La compasión de la mujer amada nos es casi tan grata como el amor. ¡*Compasión!* ¡*Compadecer*, sufrir juntos! ¿Qué es el amor sino esto?

»Un poco á causa del insomnio y otro poco por efecto de la ansiedad de volver á ver á Ticia, era natural que me levantase al amanecer.

»Al entrar en el jardín, abrumada la mente de mil encontradas ideas, oí que me llamaban. ¡Era ella, Ticia! En vez de acudir prontamente á su llamamiento, me quedé como clavado en el suelo.

—»Sr. Luciano, repitió la jovencita acercándose á mí.

—»Buenos días, señorita, dije apelando á toda mi dignidad de amante no correspondido.

—»Estaba esperando á usted, añadió ella sonriendo.

»Toda mi estupidez volvió á surgir al oír aquella palabra. ¡Me esperaba! ¡Dios mío! ¿Sería posible?

»En un santiamén labré todo el hermoso edificio de mi felicidad. Supuse que Ticia había pasado toda la noche sin dormir como yo, repetido cien veces á su corazón mis palabras, acariciado cien fantasías y compuesto de cien modos su porvenir y colocado mi imagen en su mundo, en su porvenir, en su vida. Y mientras mi mente vagaba en estas delicias, el corazón, susultando en secreto, repetía jubiloso: «¡Te ama! ¡Te ama!»

»¡Me esperaba! ¿Qué podía decirle? Que era una fortuna para mí, que es una verdad que la ventura no viene durmiendo y que yo había obrado perfectamente en no dormir en toda la noche y levantarme con el alba... Confieso formalmente que por un momento tuve la tentación de decirlo, y hubiera sido una punible ingratitud contestar con una vaciedad á aquella franca manifestación de un corazón inocente. Nadie se limitaría á dar simplemente las gracias al que pusiera en su mano su felicidad completa. ¿Qué diría cualquiera? Yo no dije nada: incliné la cabeza,

poniéndome colorado de placer y de vergüenza, y Ticia continuó:

—»Le necesito á usted.

»La respuesta á esta frase era de cajón, y contesté que estaba dispuesto á servirla.

—»Quisiera pedir á usted un favor.

»El «le necesito á usted» me había causado ya el efecto de un obstáculo atravesado en el camino de mi entusiasmo; pero el «quisiera pedir á usted un favor» dió conmigo en el suelo. Y cuando Ticia, estimulada por mi silencio, me preguntó si en su obsequio estaba dispuesto á ir hasta la plaza del Lino, yo, que por ella iría al fin del mundo, no me mostré muy solícito por complacerla. Era otra cosa muy diferente lo que yo esperaba.

—»¿A la plaza del Lino?, repetí por decir algo.

—»Si no le sirve á usted de molestia...

—»Pues no faltaba más... Iré á la plaza del Lino.

—»¿Qué bueno es usted! Pero será preciso que vaya usted pronto, antes que él se marche, y entregarle este dinero sin decirle quién se lo manda. ¿Lo hará usted?

—»Lo haré, si me dice usted á quién he de entregar el dinero.

—»A aquel hombre..., á aquel *caballero* que vió usted aquí anoche, antes de cenar.

—»Y ese... *caballero*, ¿cómo se llama?

—»Se llama el Sr. Martín, maestro de escuela.

—»¿Y dónde vive?

—»En la posada que hay enfrente del cuartel; como no hay más que una, no tiene pérdida. Pero será menester darse prisa, porque, según oyó usted, debe salir hoy mismo para Perusa.

—»Voy al punto.

—»Y cuidado con pronunciar mi nombre, y sobre todo no decir una palabra á mamá.

—»Pero ¿y si él me lo pregunta?

—»Dígale que es un donativo de usted.

»Me dió esta especie de orden con voz tan cariñosa, que no me atreví á replicar, y eché á correr en busca del Sr. Martín.

* * *

»La admiración por aquella jovencita que dedicaba sus ahorros á obras benéficas sin querer ejercerlas personalmente por huir de la gratitud, corría en mí parejas con la complacencia, con el orgullo, con la felicidad de haber sido elegido por confidente de aquel pequeño misterio.

»Más adelante, pensándolo mejor, convine conmigo mismo en que la piedad de Ticia debía ser forzosamente afectación, y el pudor de la buena acción un refinamiento de coquetería á la vez que un pretexto para dar verosimilitud á la cosa. Y he aquí cómo yo razonaba:

»La señora Ersilia es una buena mujer, muy dadasa con los pobres, y además de enamorada de su hija é incapaz de contradecirla, envanecida de los buenos sentimientos que está persuadida de haberle inspirado. La misma actitud de la excelente señora en presencia del Sr. Martín es una prueba de delicadeza exquisita; así, pues, si Ticia no podía temer que su madre fuera un obstáculo á su caridad, el hecho de recurrir al misterio no tenía otro objeto sino poner en evidencia la benignidad de su corazón y la grandeza de su alma—inocente malicia que debía remachar mis cadenas y meterme hasta el cuello en mi amor.

»En lugar de ofenderme por el engaño, bendecía interiormente aquella cara perfidia. ¿No me hacía así creer que aceptaba mi amor? Tal es la lógica del corazón.

»Había pasado una semana desde la partida del Sr. Martín, cuando una noche vi que Ticia se acercaba á mí con el semblante ceñudo, con la mirada grave, casi seria, con la boca semiabierto como si contuviese una reconvencción. Preguntéle qué tenía.

—»¡Malo!, me dijo.

»Y siguió adelante.

»Fuí tras ella y repetí la pregunta.

—»¿Qué tengo? ¿Qué tengo? ¿Y usted me lo pregunta? Lo que tengo es que me ha engañado usted, que he hecho mal en fiarme de usted y que otra vez sabré á quién confiar mis secretos prescindiendo de usted.

—»Explíquese...

—»Dígame; ¿no ha hablado usted á mamá de mí?

—»¿De usted?

—»No se haga usted ahora el desmemoriado; ¿no ha contado usted á mamá el encargo que le dí para el Sr. Martín?

—»Juro que...

—»¿De veras?, preguntó irónicamente.

—»No acostumbro mentir, repliqué con toda seriedad.

»La gravedad de mis palabras hizo asomar el color á las mejillas de Ticia.

—»Le creo á usted; quiero creerle; pero ¿tampoco ha dicho usted nada al Sr. Martín?

—»¿Al Sr. Martín?... murmuré.

—»¡Ah, sí! Me lo había figurado.

»Era la verdad: á pesar de mi promesa, en el momento de recibir como cosa mía las gracias y las lágrimas de aquel pobre hombre, se rebeló mi conciencia en términos que me creí obligado á revelar el nombre de su bienhechora, y vaciar mi bolsillo en manos del desdichado como para pagar la parte de gratitud que había usurpado involuntariamente.

—»¿Conque no lo niega usted?

—»No lo niego.

—»¡Si lo decía yo! Ya queda aclarado todo: mamá recibió anteayer noticias del Sr. Martín, el cual la habrá informado del asunto.

—»¿Y qué importa?

—»¿Que qué importa? Pues ahí es nada: mire usted, aquí está mi dinero, todo mi dinero, en junto una bagatela de diez liras. ¿Y sabe usted quién lo ha repuesto á escondidas en mi cajón? Mi mamá, mi pícara mamá, que jamás quiere dejarme la satisfacción completa de haber hecho una buena obra; no parece sino que tiene envidia del bien que hago, del bien que hacen los demás, y que quisiera hacerlo todo por sí sola. Pero quien tiene la culpa principal es la desobediencia de usted.

—»Perdóneme usted, dije menos encantado de su ingenua delicadeza que avergonzado de la sospecha concebida.

—»No, señor, no hay perdón; no quiero perdonar.

—»Vamos á ver; quizá haya remedio: ¿quiere usted enviarme su dinero á Perusa? Le diré que se lo mando yo.

—»Ya no estamos á tiempo. No lo necesita; ha encontrado en Perusa un empleo de ochocientas liras anuales; se considera rico y con el tiempo quiere devolvemos todo cuanto le hemos dado.

—»¡Pobre hombre! Pero ochocientas liras son una miseria.

—»No importa, no aceptará; es pobre, pero altivo.

—»La altivez es la fortaleza del pobre, dije. ¿Me perdona usted?, añadí lleno de entusiasmo.

—»Veremos, contestó.

»Y huyó, como si temiese perdonarme demasiado pronto.

* * *

»Ticia tenía un gran corazón. Huelga aquí decir que sentí crecer el mío en mi pecho y que me pareció amarla mucho más. La consecuencia inevitable de todo esto fué que no me atreví á aventurar una declaración y que mi pasión se tornó muda como una tumba. Las miradas, la turbación, el anhelo, los suspiros se ingeniaban por burlarse de mi silencio, pero con poco fruto.

»Ticia ó no entendía aquel lenguaje ó fingía no entenderlo. ¿Qué no habría yo dado al que me hubiese desatado la lengua?

»Transcurrieron así unos cuantos meses sin que mi amor avanzara un paso; al contrario, la dulce intimidad que la costumbre había establecido en un principio entre mí y la ingenua doncella se fué haciendo poco á poco más retraída hasta adquirir apariencias pavorosas y hostiles: su nombre mismo, aquel nombre querido que yo repetía en secreto á mi corazón como una dulcísima promesa, se corrompió en mis labios: Ticia se convirtió en la señorita Ticia.

»Para mayor desventura, ella no parecía notar tal mudanza en mi conducta, y me trataba con su acostumbrada familiaridad bromista, contrastando su sonrisa, su aspecto, sus palabras, con mi seriedad.

»Sus adorables impertinencias no me mortificaban; pero sí su indiferencia, su irreflexión, su frivolidad. Si se hubiera fijado un poco más en mi nuevo modo de ser, todo lo demás se lo habría perdonado de buen grado; pero ocuparse tan poco de mí hasta el punto de no advertir que me ocupaba de ella...

»Llegó el mes de julio; terminados los exámenes, mi padre, á quien sus negocios tenían ausente de Brescia, consintió en que yo pasase las vacaciones en Pavia, y comuniqué á la familia en cuya casa me hospedaba aquella determinación que me hacía feliz.

—»Iremos juntos al campo, me dijo la señora Ersilia.

—»Iremos juntos al campo, refunfuñó el viejo capitán.

»Ticia no dijo nada: su mirada, su rostro, su continente nada dijeron.

—»¡No me ama!, exclamé en mi interior suspirando.

»Que no me amaba era cosa evidente, pero había algo peor: «que no me tomaba en serio.»

IX

Donde se vislumbra un primo

«La casa de campo, en que el capitán y su familia solían pasar los meses de agosto y septiembre, estaba á la orilla derecha del Tesino en una situación amenísima; se podía ir á ella á pie cruzando el puente y encaminándose por una senda lamida por el río; mas por lo regular, á fin de acortar la distancia y ahorrar cansancio, se iba en una barca remontando la corriente á fuerza de remos.

»Una casita de planta baja, con un ancho patio delante, algunos metros de terreno destinado á huerto y á jardín y una dilatada pradera alrededor: tal era la quinta del veterano.

»Desde los primeros días la novedad del sitio me agradó: la idea de vivir en el campo, en medio de la verdura de los prados, del perfume de las flores y del susurro de los insectos, me alivió afortunadamente de la melancolía que iba apoderándose de mí cada día con más fuerza.

»En el jardín había poca variedad de flores y de las menos apreciadas: muchos dientes de león, algunas hortensias, unas cuantas violetas y pocas especies de la numerosa familia de los geranios componían la flora más escogida; también había habido, á juzgar por los vestigios, pensamientos y cinerarias, pero entonces ya no echaban flores. La pobreza de aquel rincón de terreno no me disgustó; por otra parte, si faltaban las flores más raras, había en cambio gran riqueza en rosas, madreselva, jazmines amarillos y enredaderas de campanillas, esas flores del pobre. Aunque sólo hubiese habido una brizna de hierba, la idea de poder cultivarla yo, de poder dar al olvido dos meses las ocupaciones de la Universidad, y sobre todo la de vivir con Ticia, apartados de todos los hombres, me habría hecho encariñarme con aquel suelo como si fuera un nido de delicias.

»La soledad me hizo más audaz, y mi audacia pareció reanudar los antiguos vínculos de familiaridad que me unían á Ticia; yo seguía amándola, pero ya no tenía aquel afán de aventurar la confesión de mi amor; fuí más comunicativo con ella y ella conmigo.

»Pero no le hablaba de amor; todo mi cuidado, todos mis conatos se cifraban en hacerla adquirir esa seriedad de conducta que debía alentar mis confianzas. Vanos esfuerzos; su naturaleza alegre me resbalaba entre las manos como una lagartija, y cuando yo creía haberme impuesto por un momento á su irreflexiva hilaridad, una repentina carcajada daba al traste con todas mis esperanzas.

»Todavía no hacía un mes que estábamos en el campo, cuando una noche, mientras cenábamos, la mamá Ersilia anunció de pronto la llegada de un sobrino suyo llamado Fernando.

—»¿De veras?, preguntó Ticia con expresión de contento.

—»En su carta me dice que llegará mañana.

—»¿Ha salido bien en los exámenes?

—»Dice que ha sacado la nota de sobresaliente.

—»Lo dice, lo dice..., repitió entre dientes el capitán.

—»Es un calavera, pero muy despejado, repuso la señora Ersilia volviéndose á mí. ¿No le conoce usted? ¿No ha oído hablar de él? Pues en la Universidad de Pavia es muy conocido.

—»¡Muy conocido!..., repitió el capitán como un eco.

—»Es el estudiante á la moda, el *lion* de la Universidad, y si es verdad lo que dicen, ha hecho tantas de las suyas...

—»Ha hecho tantas..., ha hecho tantas...

—»Pero siempre honradamente, según creo: ya se sabe, son jóvenes, tienen la sangre ardorosa, los nervios agitados... Hace tiempo que no le hemos visto: ¿cuánto tiempo hace, Ticia?

—»Un año.

—»¿Pero no estaba en Pavia?, pregunté.

—»Sí que estaba, pero sólo vino á vernos dos veces por junto; debe usted haberlo visto, aunque tal vez no estuviere usted en casa; ¡dos veces en un año! Habrá que reñirle. ¿Estás segura, Ticia, de que sólo vino dos veces?

—»Sí, mamá, una en noviembre y otra en mayo...

»Yo empezaba á pensar que se hablaba más de lo necesario de aquel malhadado sobrino, y me parecía que la señora Ersilia se entusiasmaba en demasía y que Ticia tenía una memoria sobrado fiel para las fechas. Una sola cosa me consolaba, y era el saber que en un año, y en Pavia, aquel *lion* de la Universidad sólo había tenido tiempo para ir á ver dos veces á sus tíos y á la familia.

—»Y qué talento! ¡Cómo habla! No en vano estudia leyes. Solamente le falta un año para tomar el grado de doctor.



Fernando respiraba todavía

—»De doctor!, añadió el capitán con intraducible acento de ironía y de incredulidad.

»Un enjambre de malos pensamientos asediaba mi cabeza en aquel instante; no podía decirme por qué, pero de buen grado habría dado un beso al capitán.

»El primo Fernando llegó al mediodía, era un individuo de estatura regular, cara adocenada y bigote y mosca nacies y rubios. Una sola cosa, aparte de su expresión altanera, llamaba en él desde luego la atención, y era su irreprochable y correcto peinado y la hechura elegante de su traje que le habían granjeado en el ánimo de la tía el elogio de ser el *lion* de la Universidad.

»Al verlo, sentí subir á mi rostro la llama del despecho; era lo que comúnmente se llama un guapo mozo, y cuando se le oía hablar, lo que se ha convenido en llamar un muchacho de chispa. Recordé haberle visto más de una vez á la puerta del café del *Fénix*, peripuesto, atildado, bullicioso, impertinente, tal cual á la sazón lo veía, y había concebido interiormente una antipatía invencible hacia él.

»La fama que había adquirido entre los estudiantes proclamaba que era gran jugador de billar y además un tenorio, que conocía la buena sociedad, que frecuentaba los salones aristocráticos y otras ventajas por el estilo.

»Con estos dos últimos pecados en la conciencia, era natural que, aparte mi inocua antipatía, hubiese sembrado muchos odios entre sus compañeros. En Pavia, donde el verdadero estudiante vive en la ta-

berna y va sin camisa, petulante y alborotador por las calles, basta vestir como es debido y mantenerse un poco aparte, para que le señalen á uno con el dedo. Para un estudiante de Pavia la sociedad elegante empieza donde acaba la taberna, y todo el que no bebe, canta y blasfema, es un aristócrata.

»El Sr. Fernando era un *aristócrata*.

—»¿Eres ya doctor?, le preguntó Ticia.

—»Lo seré dentro de un año, contestó con indiferencia; pero conviene acostumbrar desde luego á los hombres á darnos nuestros títulos; es cosa que aprenden á regañadientes, y hasta los que más aprecio hacen de sus títulos, si los tienen, ó que ambicionarían tenerlos, creen humillarse llamando *doctor* á aquel á quien antes han llamado *señor* á secas. No es que yo tenga empeño en que me den el nombre de doctor, pero ya comprenderás que no estudia uno cinco años para que luego le llame *señor* cualquier advenedizo.

»El capitán meneaba la cabeza en silencio; la tía Ersilia abría mucho los ojos, mirándome de vez en cuando como para tomarme por testigo del ingenio de su sobrino; Ticia escuchaba sonriendo con malicia.

»Yo estaba en ascuas; pero no sé qué sentimiento de justicia me hablaba en favor de Fernando. No podía persuadirme de que aquel mozalbete fuese una criatura sumamente ridícula; había en su ser, en su porte, en su afectada suficiencia y en el desparpajo de su conversación cierta práctica, no diré de la vida, pero sí de las apariencias de la vida, la cual es la que más utilidad proporciona en el mundo.

»Yo me consideraba empujado en su presencia, pero era por comprender instintivamente que su fatuidad le servía para con los hombres de mucho más que á mí mi filosofía. Su modo de hablar era fácil y pronto; no decía cosas admirables, pero se expresaba con ese aplomo y esa gravedad que cautivan siempre la atención y á menudo se conquistan la aprobación; y yo que, por miedo de decir una tontería, aceptaba buenamente la parte ridícula de un hombre de poco más ó menos, acataba sin querer su superioridad.

»Es un defecto de los jóvenes que han pensado demasiado, y se sienten con algunos años más de los que en realidad tienen, el pretender que los hombres deban tomar por lo serio su filosofía juvenil, sucediendo muchas veces, y yo lo he experimentado, que no siendo todavía hombre, tiene uno miedo de parecer niño aún. No se violan fácilmente las leyes de la naturaleza: la precocidad es el secreto de los grandes dolores.

»Cuanto más desenvuelto se mostraba Fernando, mayor encogimiento parecía enseñorearse de mí. No sabiendo hacer otra cosa, me mostré malhumorado en la comida. La señora Ersilia me preguntó qué tenía, y yo me disculpé diciendo que me dolía la cabeza.

»Ticia estaba pendiente de los labios del primo, á quien tenía á su lado, y no me hacía caso.

»Por la tarde, para evitar el embarazo de tener que contestar á nuevas preguntas y casi por vengarme de la indiferencia de Ticia, salí al jardín y fingí cuidar las flores. Fernando y Ticia pasaron junto á mí, me miraron, pero no me dirigieron la palabra.

—»Ven conmigo, dijo poco después el primo, salgamos al campo un rato.

»Ticia pareció vacilar.

—»Sr. Luciano, me preguntó como titubeando, ¿no viene usted con nosotros?

»Quise decir *voy*, pero dije *me quedo*. Y me quedé, abrasándome en silencio de celos y de despecho.

»Hacia ya tiempo que se había hecho de noche, y aún continuaba yo sentado en una piedra, con los codos apoyados en las rodillas, y la cara oculta entre las palmas de las manos.

—»Sr. Luciano, dijo de pronto una voz á mi lado.

»Era Ticia.

—»Señorita...

—»Es hora de cenar.

—»Gracias, no tengo apetito.

—»¿Está usted quizás indispuerto?

»Y al decir esto, me pareció que su voz no tenía la acostumbrada firmeza. No contesté: me levanté y la seguí.

»¿Era piedad? ¿Era coquetería? ¿Había adivinado mi disgusto ó temía mi indiferencia?

»Toda la noche estuve discurriendo sobre ello; pero á la mañana siguiente Ticia se me presentó con la fatua sonrisa de la indiferencia en los labios, junto á aquel malhadado primo que á cada momento hallaba modo de hacerla reír.

X

Conducta del primo

»Fernando pasó ocho días con nosotros, ocho días interminables de continua y mal disimulada tortura para mi corazón de enamorado. Es inútil que encarrezca á usted cuánto me hicieron sufrir entonces los celos, y cuánto sufrí más adelante por la indiferencia invencible de Ticia y por mi invencible timidez.

»Tristes de aquellos hombres á quienes les cupo en suerte una naturaleza blanda y benigna; la timidez es un pecado original que se paga con moneda menuda de amarguras y desconuelos. Los hombres, en sentir de los hombres, jamás son iguales á sí mismos; son en más ó en menos; desdichados de aquellos á quienes su timidez coloca en grado inferior.

»A mí se me había metido en la cabeza que, puesto que Ticia era sabedora de mi amor, toda nueva declaración por mi parte debía ser, no sólo inútil, sino ridícula. ¿Qué podía yo esperar del tiempo? Ni yo esperaba, ni mi razón tampoco, pero sí mi amor.

»Corrían los últimos días de septiembre, y se hablaba ya de regresar á Pavia, cuando una noche después de cenar vimos entrar á Fernando, á quien no se esperaba.

»Un grito de despecho hizo eco en mi corazón á la exclamación de sorpresa de los demás. Se le recibió con alegría, se le hizo sitio en la mesa y se aplaudió la buena idea que había tenido; y el malhadado, implacable en su fortuna, volviéndose á mí, me preguntó por mis flores, como si estuviese persuadido de que, durante su ausencia, no había podido ocuparme de otra cosa.

—»También á mí me han gustado mucho las flores, pero cuando era muchacho, añadió.

»Un estremecimiento de ira me recorrió todo el cuerpo.

—»¿Y cuántas semanas hace que han dejado de gustarle á usted las pobres flores?, pregunté reprimiéndome á duras penas.

»Ticia se echó á reír y Fernando se mordió los labios.

»Era la víspera del regreso á Pavia; las mujeres se habían quedado en la casa arreglando el equipaje, y el capitán, temeroso del frío húmedo de la noche, se había retirado poco antes y fumaba para calentarse apoyando el codo en el antepecho de la ventana.

»Sin quererlo, Fernando y yo nos encontramos solos.

»A los pocos instantes de silencio, me dijo:

—»¿Sabe usted, Sr. Luciano, lo que pienso en este momento?

»Y como yo no le contestara al punto, añadió en tono confidencial:

—»Pues pienso que está usted enamorado.

—»¿De veras?, dije. Usted se burla.

—»Nada de eso: y pienso además que está usted enamorado de mi prima.

(Continuará)

Un cementerio en el mar.— Naufragios y salvamentos en las costas de Terranova

El cabo más importante del mundo es el de Race, que forma la extremidad Sudeste de Terranova y cuya fama es bien poco envidiable. Nace su importancia de su situación geográfica; su mala reputación, de la larga y horrible serie de naufragios en él ocurridos. Mucho se ha hablado, en estos tiempos de

promontorio, cuyos vigías avistan cada año unos tres mil barcos.

Algunas de las tragedias más terribles que recuerdan los anales marítimos han sucedido en esa escarpada y peligrosa costa.

En el espacio de cuarenta años, según datos oficiales, ocurrieron 94 naufragios completos, sin incluir los buques encallados y puestos luego á flote, pereciendo en ellos cerca de 2.000 personas y perdiéndose seis millones de libras esterlinas, valor de los buques y de su carga. Solamente en el año 1902, ocho vapores y dos buques de vela naufragaron, ahogándose 35 personas y desapareciendo un valor total de 400.000 libras esterlinas.

Débanse esos desastres á dos causas: las nieblas y las corrientes. Todos los armadores quieren hoy que sus buques efectúen viajes rápidos, que implican menores gastos, y el capitán que anda despacio pronto pierde su colocación, por lo que todos toman el camino más corto, aun á riesgo de tener choques ó de embarrancarse, y el más corto de todos es pasando junto al cabo Race, y casi toda aquella región del Océano está por lo regular envuelta en la espesa

niebla, originada por el contacto de las aguas calientes del Gulf Stream

con las heladas corrientes que bajan del polo Artico, y ese encuentro de las aguas de tan distintas temperaturas forma un remolino que perturba todo el mar cercano, formando una corriente que se dirige al Norte, avanzando hacia el cabo Race, donde se divide en dos, subiendo una por la costa oriental, hacia San Juan, y penetrando la otra en la bahía de Santa María.

Estas corrientes son variables y no pueden señalarse en los mapas, cambiando su fuerza y dirección según el viento que sopla, é infunden gran temor á los navegantes prácticos en aquellas costas; los que no las conocen son los que no hallan motivo para alarmarse hasta que se ven atraídos hacia su pérdida como por un imán. El barco que se dirige al Oeste principia á sentir la influencia de la corriente oriental varias horas antes de llegar al cabo, y su proa comienza á desviarse insensiblemente y constantemente del rumbo verdadero, hasta que, si no se advierte á tiempo, va á dar contra las rocas. El que marcha al Este encuentra los mismos peligros en la corriente que penetra en la bahía de Santa María.

Claro está que estas desgracias ocurren en días de niebla, y entonces el capitán ó tiene que moderar su andar y perder por lo tanto mucho tiempo, ó continuar con la misma velocidad confiando en sus vigías para que le adviertan el peligro; pero muchas veces falta esa confianza, y la primera noticia que del peligro tienen los de á bordo es cuando el barco toca el fondo y se estrella contra las rocas. La zona peligrosa abraza un radio de 30 millas.

Sin embargo, por un barco que se pierde, centenares pasan con toda seguridad, debido en gran parte á los botes pescadores que ejercen su industria á pocas millas de la costa, y cuyas bocinas de día y luces de noche advierten el peligro á los buques que cruzan en tiempo neblinoso; pero este saludable aviso falta en los tempe-

stos, en que no pueden los pescadores hacerse á la mar, y por este motivo, en 1899 tres buques naufragaron en la costa Norte del cabo Race, en veinticuatro horas y en el espacio de dos millas.

Todos esos pescadores sacan gran provecho de los naufragios, teniendo gran habilidad y presteza para descargar en poco tiempo los buques que naufragan. Cuando es de presumir, por el estado del tiempo, que hayan de ocurrir naufragios que no les es dable evitar, corren los pescadores á las playas, donde permanecen en espera, prontos, primero, á salvar vidas, luego á desbalijar los barcos.

Sobre todo los de la costa Sur de Terranova confían en que unos cuantos siniestros vengán á ayudarles á sostener las familias.

El difunto obispo católico de San Juan Monseñor Power preguntaba, cerca del cabo Race, al reverendo padre Hennesbury, cura de Frepassey, con quien estaba comiendo, cómo lo pasaban sus fieles aquel invierno. «Muy bien, monseñor—contestó el cura,— con la ayuda de Dios y de unos cuantos naufragios.»

Pero al mismo tiempo esos hombres están siempre dispuestos á arriesgar su vida por salvar la de los naufragos, y combatiendo una y otra vez las encrespadas olas en sus resistentes lanchas, son muchos los infelices que substraen á las garras de la muerte, prodigándoles luego toda clase de caritativos socorros y brindándoles cumplida hospitalidad. Muchos poseen medallas de la sociedad de salvamento de naufragos y raro es el que no ha contribuido á la salvación de



Fig. 1.— En el naufragio del *Harpooner*, en el que perecieron 306 personas, un perro de Terranova, nadando, llevó con gran trabajo y exposición una cuerda desde el barco á unas rocas, pudiendo de este modo salvarse varias vidas.

viajes rápidos, del cabo Race y de la importancia que tiene en los problemas de la navegación transatlántica.

Hasta hace cinco años pasaban junto á él los vapores de las líneas de Nueva York; pero el temor de chocar con los hielos flotantes, de echar á pique los barcos pescadores ó de irse á tierra ha sido tal, que les ha hecho adoptar otras rutas. Pero todos los demás buques que cruzan el Océano tienen que darle vista y muchos han sido los que allí han hallado su tumba.



Fig. 2.— Modo de salvar naufragos por medio de un cable que pone en comunicación la tierra con el buque perdido

El camino más corto entre los puertos del Norte de América y los del de Europa pasa junto á dicho

el peligro á los buques que cruzan en tiempo neblinoso; pero este saludable aviso falta en los tempe-

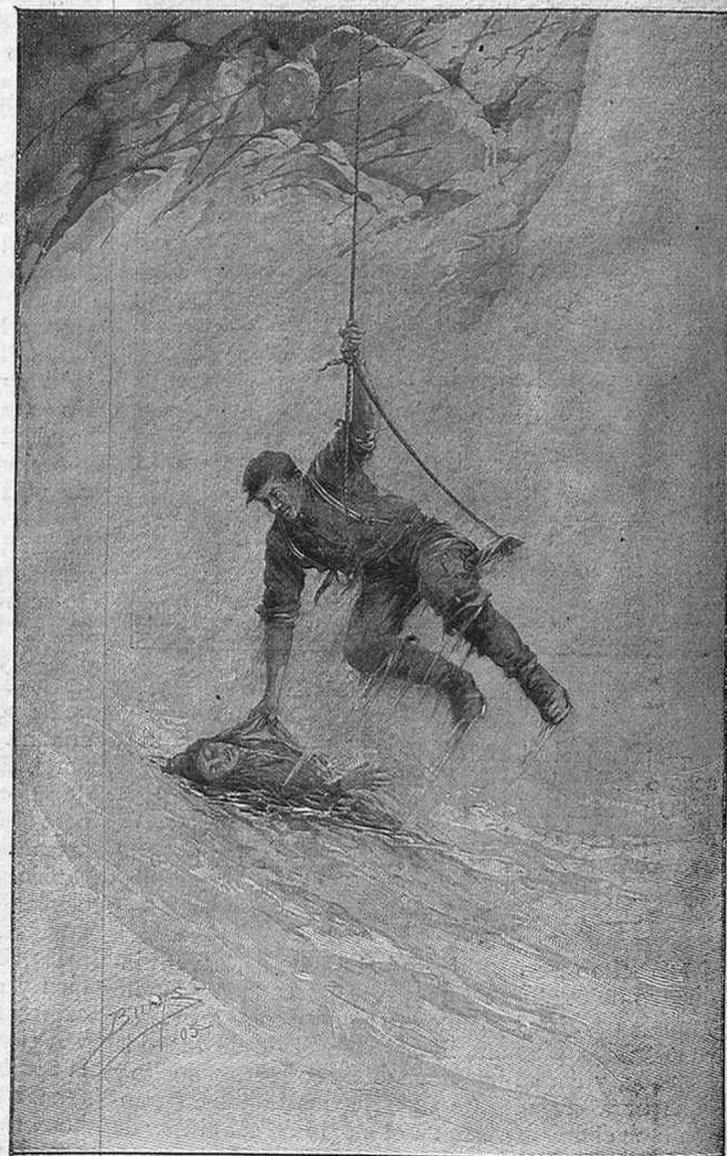


Fig. 3.— Después de inauditos esfuerzos para descolgarse hasta el mar desde lo alto de las inaccesibles rocas, sólo halla el intrépido marinero un cadáver, al que recoge para darle cristiana sepultura.

sus semejantes. Se cuenta de uno que ha recogido, para que recibieran cristiana sepultura, 229 cadáveres de ahogados, descompuestos y mutilados, sin haber jamás recibido un céntimo ni del gobierno ni de los armadores. A veces puede establecerse una comunicación entre tierra y el buque naufrago por medio de una fuerte soga, y mientras ésta no se rompe se procede á salvar las personas del modo que representa el grabado fig. 2. Otras, después de inauditos esfuerzos para descolgarse hasta el mar desde lo alto de las inaccesibles rocas, sólo halla el atrevido marinero un cadáver, al que recoge para darle cristiana sepultura (fig. 3).

Una de las más terribles catástrofes que en aquellos parajes han tenido lugar ha sido la del transporte inglés *Harpooner*, el 10 de noviembre de 1816, en la que perecieron 306 personas. Llevaba de Quebec á Inglaterra soldados con sus familias, ascendiendo á 380 el número de los que iban á bordo.

Después de varios días de nieblas y tempestades, encalló en un arrecife cerca del cabo Pine, poco antes de media noche, desarróllándose una horrorosa escena á medida que los asustados pasajeros abandonaban corriendo y á medio vestir sus lechos, precipitándose sobre la cubierta. Trataron algunos de echar al agua los botes, pero ó bien fueron barridos por las olas ó se sumergieron con ellos en cuanto al agua llegaron.

El choque contra las rocas hizo saltar los mástiles de su lugar, matando á muchos en su caída. Otros quedaron asfixiados y aplastados antes de llegar á la cubierta, ó estrellados contra la obra muerta.

Después de una noche horrible, vino el día. A popa colgaba aún un bote, que pudo echarse al mar, y el piloto y cuatro marineros se embarcaron en él para ir á pedir socorro; pero antes de llegar á tierra embistió el bote contra unas rocas y escaparon con vida por milagro, pudiendo con dificultad subir sobre las piedras, desde donde ningún auxilio podían prestar á los del barco.

El capitán traía á bordo un hermoso perro de Terranova; arrojóle al mar, atada á su cuerpo una cuerda, y el sagaz animal nadó hacia las rocas, adonde llegó después de penosísimos esfuerzos (fig. 1). Por medio de aquélla hízose llegar á las rocas otra cuerda más gruesa, que quedó bien sujeta, y dióse principio al salvamento de los que en el buque quedaban. Pero al mediodía, cuando ya habían pasado unos 30, la sogá, gastada por el roce con las piedras, se rompió, quedando sin esperanza de salvación los que aún no habían salido del barco. Algunos se arrojaron al mar, otros se amarraron á tablas y maderos, otros construyeron balsas, pero casi ninguno se salvó, pereciendo en su mayor parte estrellados por las olas contra las rocas. Por la tarde destrozóse por completo el casco, pereciendo los últimos que aún en él se guarecían. Los que habían logrado escalar las rocas pasaron en ellas una noche cruel y fueron al otro día salvados por algunos pescadores. Caso extraño: la esposa de un soldado dió á luz un niño aquella noche sobre las piedras, y madre é hijo se salvaron.

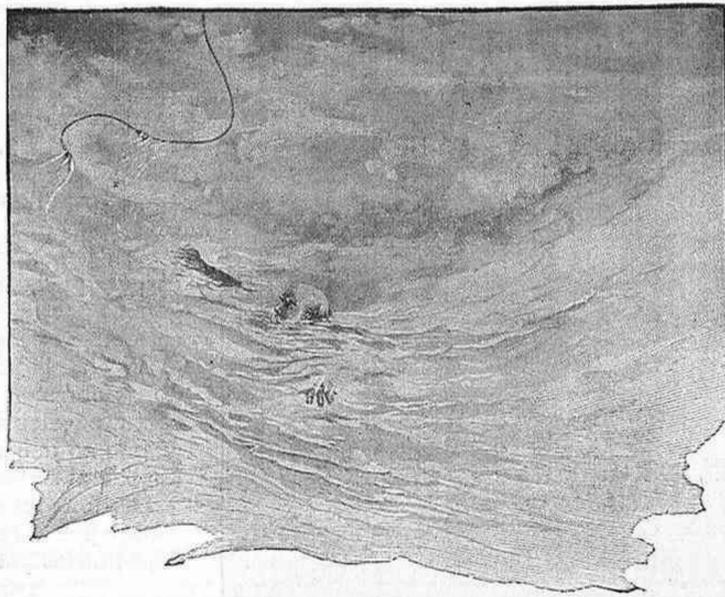


Fig. 4. — Nadie se salvó del naufragio del *Helgoland* en 1900. El último sobreviviente hizo inauditos esfuerzos para coger el extremo de una sogá que le habían arrojado, pero todo fué en vano.

Una de las catástrofes más patéticas y conmovedoras fué la pérdida del vapor *Helgoland* en las cercanías de Shotts el 10 de enero de 1900. Iba de Fildelfia á Hamburgo cargado de petróleo, y en medio de una fuerte nevada chocó con la roca llamada de Gull, aguja de granito de 250 pies de altura, separada de la costa por un canal de 50 varas de ancho, por donde el mar se precipita con gran fuerza y velocidad. La carga del *Helgoland* debió inflamarse al chocar el barco, porque las llamas reflejadas en el cielo á media noche llevaron la nueva á los habitantes de Río de Pedso, distante unas 15 millas. Era este el sitio habitado más próximo, y aunque en pleno invierno y sin caminos, pusieron en seguida en marcha en medio de la nieve, llevando á cuestras los aparejos de salvamento. Era el amanecer cuando llegaron al sitio del desastre, presentándose á su vista un triste espectáculo. El buque estaba encallado en un arrecife, con el casco casi sumergido, y en todo el mar adyacente, en algunas millas de extensión, ardía el petróleo que sobrenadaba.

Amarrados á las vergas más altas estaban tres marineros, únicos supervivientes; cuando vieron á los que llegaban á la costa les gritaron pidiendo socorro que éstos no podían prestarles. Toda aquella costa,

por espacio de muchas millas, es una inmensa muralla de rocas donde nadie habita ni existen botes y aunque los hubiera habido no era posible que navegasen en aquella mar. Nadie podía bajar por el acantilado; las olas los hubieran estrellado contra las piedras. El canal no permitía el paso á la roca Gull y los espectadores se hallaban en la imposibilidad de hacer otra cosa más que ver cómo sus semejantes perecían. Uno de los tres marineros se desató, se arrojó al mar y nadó hacia la costa, arrastróle la corriente y á los pocos minutos le vieron estrellarse contra las rocas. Dos horas después caía otro de ellos, junto con la verga á que estaba sujeto, á impulso de las olas, y desaparecía entre la espuma para no volver á salir más.

Por último, el único que quedaba, de barba blanca y reluciente calva, viendo que el casco se hacía pedazos, se desató, sacó un pedazo de tabaco de mascar del bolsillo de su blusa, mordió un trozo de él y con toda resolución se arrojó al mar, tratando de ganar á nado la base del promontorio, hasta donde pendía el extremo de una cuerda lanzada desde lo alto. Pero las olas eran demasiado fuertes; por tres veces intentó coger la cuerda, pero no pudo (fig. 4). Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, volvióse atrás, subió otra vez á la verga, saludó con la mano á los que llenos de emoción le contemplaban, volvió á atarse y esperó resignado la muerte, que no tardó en llegar. Era en lo crudo del invierno, la temperatura glacial: pronto echó hacia atrás la cabeza, el cuerpo desplomóse y todos comprendieron que la sangre se había helado en sus venas.

Se preguntará, sin duda, por qué no se hace algo para impedir que tantos desastres ocurran en el cabo Race. La contestación es que sería necesario establecer á todo lo largo de la costa torres que dieran la señal de alarma durante las nieblas, y que su erección y sostenimiento serían demasiado costosas para el gobierno de Terranova. Pero como los buques del Canadá son los que más peligro corren, es de esperar que antes que pasen muchos años su gobierno y la compañía del Lloyd, que tantas pérdidas experimenta, se pondrán de acuerdo para levantarlas y hacer que las terribles desgracias que tanta notoriedad han dado al cabo Race pasen á la categoría de las cosas desaparecidas y que puedan los buques aproximarse al temido promontorio sin temor á hallar también su tumba en aquel cementerio del Océano.—P. T.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
GANDES et Co. EN ST-DONAT, 26

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legitima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
F. PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las farmacias bien surtidas.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Inauguración del puente de San Baudilio de Llobregat (Barcelona). — La procesión dirigiéndose al puente para la ceremonia de la bendición é inauguración.

EL NUEVO PUENTE CONSTRUIDO SOBRE EL LLOBREGAT

Hace pocos días se inauguró este puente. Asistieron al acto el Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de esta diócesis, el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, el Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial, el ayuntamiento de San Baudilio, representaciones de varias sociedades y un público inmenso.

Después del solemne oficio que se celebró en la iglesia parroquial de San Baudilio, organizóse la procesión que debía trasladarse al puente para la bendición é inauguración del mismo.

Llegada la comitiva al puente, el señor obispo, revestido de capa pluvial y mitra, lo bendijo, después de las preces de rúbrica, y lo recorrió de un extremo á otro.

Las autoridades invitadas se dirigieron al Centro Samboyense, en donde se les sirvió un banquete, terminado el cual el secretario de la comisión de propietarios Sr. Aleu dió las gracias al gobierno por haber costeado el puente y á las autoridades é invitados por haber asistido al acto. Hablaron luego el alcalde de San Baudilio



Vista del puente durante la ceremonia de la bendición é inauguración (de fotografías de Pedro L. Castells Vidal)

Sr. Valls, el vicario D. Baudilio Cardona, el Dr. Estebanell, el diputado provincial Sr. Sostres, el Sr. Cornet y Mas, director de la Maquinista Terrestre y Marítima, constructora de las obras, el presidente de la Diputación Provincial Sr. Espinós y el señor Gonzalez Rothwos, gobernador civil de esta provincia.

El nuevo puente de San Boy se halla emplazado á un kilómetro de distancia antes de llegar á San Boy y está unido á la carretera por una nueva sección construída por los propietarios. Tiene 150 metros de longitud por 7 de ancho. La altura de los pilares es de 7 metros desde el nivel del río y de 15 desde el fondo, ó ó sean 8 metros empotrados: es de siete tramos y su peso total es de 264 toneladas. Probado en carga estática á razón de 300 kilogramos por metro cuadrado y carga en movimiento, resiste dos carramatos de 12 toneladas y cuatro carros de 9. La construcción del puente la inició el general Prim en 1869, habiendo comenzado las obras en junio de 1901 y terminado en 1903. Conforme al contrato celebrado entre el gobierno y la casa constructora, el puente no debía quedar terminado hasta 1906: ha sido, pues, entregado al servicio público dos años antes de la fecha convenida.

Las fotografías que adjuntas reproducimos nos han sido facilitadas por el Sr. Castells y Vidal, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ABESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE, Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION. EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE.

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA CATARRO — ASMA — OPRESION
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO PATERSON
 PASTILLAS y POLVOS
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
 Premio de 16.600 francos
 EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO
 Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑS. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros medicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.